

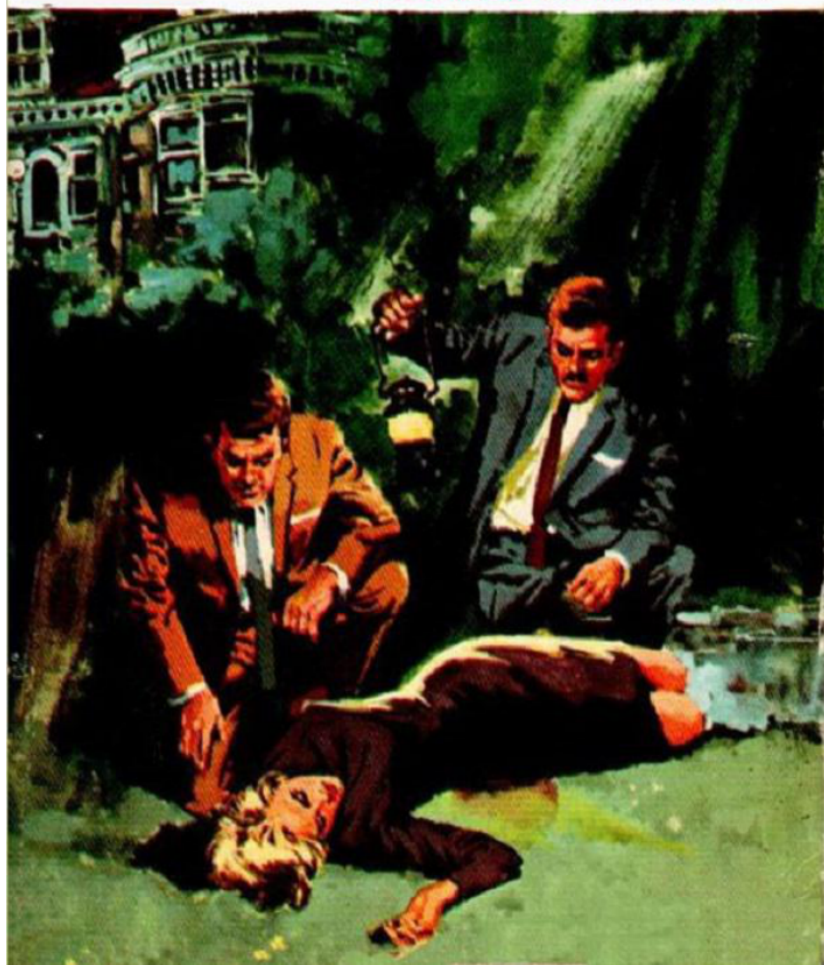
BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

el manuscrito ^{de} del "destripador"

CURTIS GARLAND



La misteriosa, desconocida personalidad de Jack el Destripador, el asesino que ensangrentó Londres en 1888, ha despertado siempre la atención de los escritores de toda época y género. Desde Mary Belloc Lowndes, con su famoso libro *The Lodger* («El huésped»), llevado al cine por John Brahm, hasta psicoanalistas, médicos y expertos en patología criminal, pasando por auténticos imaginativos como Robert Bloch o Colín Wilson con su *Ritual in the Dark*, el personaje siniestro de Whitechapel ha provocado en todo momento la creación de obras de ficción, junto a ensayos clínicos, hipótesis, deducciones y estudios minuciosos, basados en los escasos datos que existen sobre la figura fantasmal, incógnita, jamás desvelada, del criminal que eliminaba sangrientamente a las mujeres públicas de aquel Londres de luz de gas, niebla, callejas oscuras, sórdidos pasajes y edificios ruinosos.

Jack el Destripador, auténtica incógnita viviente, que apareció y desapareció de la escena londinense tras su terrible cadena de muertes violentas, en la mayor impunidad, sigue siendo un enigma, incluso para historiadores, policías, científicos y escritores. Nadie supo nunca quién era, aunque se dedujo una auténtica serie de teorías, posiblemente todas ellas falsas. O acaso una entre ellas responda a la realidad, pero ¿cuál?



Curtis Garland

El manuscrito del Destripador

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1145

ePub r1.0

Titivillus 02-12-2019

Título original: *El manuscrito del Destripador*
Curtis Garland, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS **SERVICIO SECRETO**



PREFACIO

La misteriosa, desconocida personalidad de Jack el Destripador, el asesino que ensangrentó Londres en 1888, ha despertado siempre la atención de los escritores de toda época y género. Desde Mary Belloc Lowndes, con su famoso libro *The Lodger* («El huésped»), llevado al cine por John Brahm, hasta psicoanalistas, médicos y expertos en patología criminal, pasando por auténticos imaginativos como Robert Bloch o Colín Wilson con su *Ritual in the Dark*, el personaje siniestro de Whitechapel ha provocado en todo momento la creación de obras de ficción, junto a ensayos clínicos, hipótesis, deducciones y estudios minuciosos, basados en los escasos datos que existen sobre la figura fantasmal, incógnita, jamás desvelada, del criminal que eliminaba sangrientamente a las mujeres públicas de aquel Londres de luz de gas, niebla, callejas oscuras, sórdidos pasajes y edificios ruinosos.

Jack el Destripador, auténtica incógnita viviente, que apareció y desapareció de la escena londinense tras su terrible cadena de muertes violentas, en la mayor impunidad, sigue siendo un enigma, incluso para historiadores, policías, científicos y escritores. Nadie supo nunca quién era, aunque se dedujo una auténtica serie de teorías, posiblemente todas ellas falsas. O acaso una entre ellas responda a la realidad, pero ¿cuál?

¿El carnicero o matarife, el judío polaco, el marino embarcado, el médico cirujano, el noble inglés, el extranjero maníaco, la comadrona obsesa por una feroz ansia de matar... e incluso la más moderna teoría, sobre un aristócrata emparentado muy directamente con la familia real británica?

¿Uno de ellos..., o ninguno, en realidad? ¿Qué, quién era Jack el Destripador? ¿Qué móvil le condujo a la cadena sangrienta de sus famosos crímenes jamás resueltos? ¿Por qué tras su sexta víctima, no volvió a aparecer ni asesinó a nadie más?

Todo autor tiene su teoría, su imaginativa versión de los hechos, a la que tiene tan perfecto derecho como cualquier otro.

Esta obrita no es sino una teoría más. Todo lo fantástica e improbable que se quiera.

Pero factible. Posible en todos sus puntos.

Acaso esté más cerca del Estudio en escarlata, de Conan Doyle, actualizado posteriormente por Ellery Queen con unas apostillas ingeniosas y, desde luego, totalmente improbables. Pero trata, en suma, de ser un relato de ficción, un «suspense» novelesco independiente, incluso, de la propia personalidad, obra e historia de Jack the Ripper, aquí solamente un elemento más de intriga y de tensión, aunque quizá bastante indirecto, puesto que la acción no tiene lugar en el

Londres de 1888, sino en el actual, en 1968, para ser más exactos.

Jack the Ripper, es el fondo y el pretexto de la obra. Es, quizá, el factor vital que mueve, a distancia —la distancia inexorable del tiempo—, toda la acción de la novela. Y de sus personajes, fatalmente encadenados a su sombra trágica y siniestra.

Existe, cierto, una teoría sobre el Destripador. Tal vez tan incierta como todas las demás. Pero ¿por qué no ser la auténtica y verdadera? Tiene tantas posibilidades como cualquier otra. Y tiene los mismos puntos débiles y los mismos fundamentos firmes que las teorías de Belloc Lowndes, Wilson, Wilkie, Bloch, Alan Hynd o cualquier otro de los autores que abordaron el tema.

Con todo, posible o no, imaginado o real, el problema subsiste. Quizá nunca se llegue a saber la verdad sobre el Destripador.

Entre tanto, ¿por qué no leer esta obra de ficción sobre su personalidad y su obra, por el simple y puro placer de pasar un breve tiempo de tensión, interés y, tal vez, angustia o inquietud?

Si eso se logró, será lo más importante. Y el autor no se sentirá decepcionado de su pirueta literaria sobre un tema fascinante y oscuro, en el que nadie ha dado nunca una luz definitiva e indiscutible.

C. G.

PRÓLOGO

Se quedó mirándome. Sin duda no entendía nada. Y yo no podía reprochárselo.

Me llamo Neville Sanders.

Ha nacido en Londres. En Regent Street, exactamente. Los Sanders vivimos de rentas. Gracias a nuestros antepasados, que trabajaron por todos nosotros. O, si no trabajaron tanto como todo eso, al menos se enriquecieron lo suficiente para dejarnos una posición desahogada, un prestigio familiar y un nivel social verdaderamente respetable.

No ha sido mérito mío en absoluto, nacer de un Sanders, y con el dinero de los Sanders. Mi padre contribuyó a todo ello, pero tampoco fue por completo mérito suyo. A su vez, lo había heredado ya del viejo Lyman Sanders, médico de la Familia real.

, Nuestra vieja casa de Regent Street posee la alcurnia y prestigio que tienen siempre las casas familiares, especialmente en el centro de Londres. Otra vieja casa de la familia, ya olvidada casi por completo, se arruinaba por momentos, allá en Spitalfields, donde empezara su carrera médica mi difunto abuelo, el doctor Lyman Sanders.

De todos modos, yo he preferido siempre vivir fuera de Londres. Su niebla, su clima húmedo y su ambiente gris, me deprimen. Prefiero un lugar donde practicar algún deporte, vivir cara a la naturaleza, y olvidarme de que soy un miembro del muy honorable Club Social de Oxford Street, miembro del Círculo de Caballeros de la City, y no sé cuántos lugares más, donde uno, aparte de beber buen oporto y mejor brandy, se aburre hundido en un sofá, leyendo el Times y oyendo comentar la situación de la Bolsa, la pérdida de los últimos jirones del Imperio, y cosas parecidas.

Sin embargo, aquel octubre de 1968, particularmente frío, húmedo y neblinoso, me echó a rodar un montón de proyectos, desde mis partidas de cricket con Spencer Gordon, hasta la fiesta de Mary Anne Canington, en Stratford-On-Avon, con una inevitable representación de teatro shakespeariano. [1]

El programa era variado para aquel largo fin de semana que habíamos proyectado cuidadosamente. Y, de pronto, todo se fue a

rodar.

Por culpa de la vieja casona de Spitalfields.

Estaba situada en Hanbury, no lejos del nuevo Mercado. Era una zona edificable, para modernos edificios de apartamentos, y el terreno estaba en venta desde hacía algunos años, aunque yo no tenía noticia de ello. Mi padre había muerto justamente seis años antes y había sido él quien puso en venta la finca, aunque pidiendo quizá demasiado dinero por el solar, que era lo único aprovechable. Ahora, de repente, la Inmobiliaria City Inc. había adquirido el solar al precio solicitado por nuestro agente de venta de terrenos. Y él me lo notificó por carta certificada, urgente.

En realidad, era la única persona a quien podía notificar tal cosa. Como hijo mayor de Leonard Sanders, yo debía ocuparme de los asuntos familiares. Tema un hermano menor que yo, Richard, pero por entonces no sabía gran cosa de él, salvo que era un bohemio, un trotamundos, que andaba algo mal de salud, y residía en algún lugar del continente, fuera de las islas. Richard había sido siempre un poco el «garbanzo negro» de los Sanders, y ni mi padre se ocupó gran cosa de él, que yo recordara, ni me encargó de su cuidado o localización jamás. De cualquier modo, él era el menor. Los asuntos financieros de la familia, me tocaba resolverlos a mí.

El señor Morley, de la agencia de venta de terrenos, me pedía que fuera a verle lo antes posible. Y eso es lo que hice, apenas recibí la carta, con la esperanza de salir luego hacia las afueras de Londres, conforme al plan previsto, tras firmar los documentos que fuera preciso.

Pero todo eso fracasó rotundamente. La primera noticia de ello, la tuve cuando el señor Morley estrechó mi mano y me dijo, con su más afable sonrisa:

—Señor Sanders, la finca está vendida, y mi cliente ha depositado ya la suma convenida, para formalizar la operación. Pero antes, desea pedirle un favor.

—¿Qué favor? —indagué, arrugando el ceño.

—Visitar con usted la casona de Hanbury.

—¿Visitarla? ¿Para qué? —me sorprendí—. En realidad no es necesario, señor Morley. ¿No van a derribar la finca para levantar la nueva estructura?

—La inmobiliaria desea previamente ver en qué condiciones se

encuentra la finca interiormente. Su proyecto presenta dos posibilidades: o bien levantar el edificio de apartamentos proyectado., o reconstruir la actual casona, haciendo de ella una especie de residencia de lujo para turismo.

—¿Turismo? —me escandalicé—. ¡En esa vieja casa no querrá alojarse nadie!

—Entonces, usted no conoce a los americanos —rió el señor Morley, irónico—. Su predilección por las casas viejas, señoriales, aunque estén en ruinas, o los más vetustos e incómodos castillos de Escocia, a ser posible con fantasmas y todo, son sus puntos predilectos de residencia cuando vienen a Europa.

—Al diablo con ellos —protesté—. Debo ausentarme hoy de Londres y...

—Señor Sanders, esa inmobiliaria paga un precio muy fuerte por su propiedad, pero exige dejar resuelto este asunto antes de mañana, viernes. De modo que si no visitan en su compañía la casa, posiblemente anulen la compra. Y usted perderá una buena suma en libran.

—Está bien —refunfuñé—. Vamos allá. Quizá, después de todo, tenga tiempo aún de salir de Londres mañana...

Pero algo, interiormente, me dijo que no sería así.

Lo malo es que no tenía la menor idea del motivo que me conduciría a ello.

Y cuando lo supe, fue justamente cuando ya era demasiado tarde para abandonar Londres en el fin de semana...

* * *

Se llamaba Sue. Sue Lane. Era rubia, bonita y bien formada. Era eficiente, además. Llevaba gafas livianas, sobre su breve nariz respingona, el cabello muy cuidado, color oro suave y no le importaba presumir de busto. Su blusa, desabotonada sobre sus muy respetables y agresivos senos, no hacía sino realzarlos.

Con su portafolios en una mano, me acompañaba por todo el viejo edificio, con aire sereno, escudriñador, fríamente profesional. A uno se le quitaba la idea de propasarse, aprovechando las penumbras de la vieja casona, porque además de ser una joven con curvas muy generosas, resultaba tan distante y frígida como una matrona de la

policía, pongamos por caso.

Ella representaba a la Inmobiliaria City Incorporated, y parecía saber cuál era su trabajo. Caminaba a mi lado, despidiendo un suave perfume con olor a plantas silvestres, sus ojos claros brillaban tras los vidrios de sus gafas, y parecía mucho más interesada en los muros húmedos y agrietados de la casona, que por mi presencia. A pesar de que, modestia aparte, me considero un hombre con atractivo para las damas.

—Está en un deplorable estado de conservación, señor Sanders —dijo al fin.

—¿Quién? ¿Yo? —me sorprendí.

—No —rió ella—. La casa, naturalmente.

—Oh, naturalmente —suspiré, aliviado—. La verdad, nunca la hemos habitado, desde que mi abuelo la abandonó. Y de eso hace ya muchos años. Fue a finales de siglo, señorita Lane.

—No creo que se pueda aprovechar para turismo —manifestó ella, algo seca.

—Tampoco lo creo yo, por muy tontos que sean los americanos —sonreí.

—Se puede revocar en parte, levantar nuevos tabiques, procurando imitar el estilo Victoriano del edificio, pero... —sacudió la cabeza—. No sé... Si al menos fuese un edificio con historia, con algún aliciente especial...

—Su única historia la vio usted en la entrada. Una vieja placa: Lyman Sanders. Cirujano. Médico de palacio. Es todo.

—Ya lo vi. ¿Era su abuelo?

—Mi abuelo, sí. Un buen médico. Un excelente cirujano. Incluso operó a miembros de Buckingham Palace. Pero eso no creo que interese a los turistas americanos.

—No demasiado —convino ella. Frunció el ceño—. ¿Ninguna otra historia, relacionada con este edificio?

—No, ninguna —llegamos al fondo de un corredor. Una puerta, a un lado, mostró una vieja, polvorienta habitación. Por un balcón cuyos vidrios aparecían agrietados y cubiertos de una espesa capa de polvo, entraba algo de la luz gris del día neblinoso. Se distinguía el viejo piano con las cuerdas saltadas, los divanes y el taburete, con el tapizado roto o apolillado. Al otro lado, una escalera ascendía hasta una puerta cerrada, en lo alíó—. Bien, este es el

final. Último piso, habitación última. Aquí acaba la casa...

—¿Y eso? —señaló la escalera—. ¿Adónde conduce?

—Oh, a un viejo desván —me encogí de hombros, estudiando las llaves que colgaban del llavero en mi mano—. Ni siquiera tengo llave para entrar. Esa puerta no se abre hace décadas enteras. Debe haber ratas como elefantes allá dentro.

—Me gustaría ver el desván —insistió la rubia joven de la inmobiliaria.

—¿Cree que ese lugar tenga interés turístico? —dudé.

—No lo sé. Los desvanes acostumbran a tener alguna historia, alguna evocación. Quizá nos dé una idea, y podamos conservar la casa, haciendo de ella un parador o residencia clásica... ¿No podemos entrar?

—Ya le dije que no tengo llave...

—Podríamos probar, pese a todo.

—Si usted quiere... —me encogí de hombros—. Vamos allá. Si nos atacan los roedores, no llevo armas para defendernos.

—No exagere —rió entre dientes, mirándome agresiva. Hinchó un poco más su torso, y se soltó otro botón. Vi su corpiño rosado, insuficiente para lo que contenía—. ¿Subimos, señor Sanders?

—Como quiera —gruñí—. Pero no habrá quien abra esa puerta...

Me equivoqué. Las llaves, ciertamente, fracasaron. Ella desprendió un clip metálico de su dorado cabello. Lo introdujo en la cerradura, tras curvarlo. Probó dos o tres veces. Chascó la cerradura, con un chirrido agrio. La pesada hoja de madera cedió.

Una vaharada de humedad nos envolvió como un tufo. El lóbrego interior del desván era un mundo misterioso e incógnito, al que daba cierta aprensión entrar. Pero era preciso hacerlo así, ya que se había franqueado el paso. Alce en mi mano la lámpara eléctrica.

—No hay luz ahí —avisé—. ¿Se atreve?

—Claro. ¿Usted no?

—Si le dijera lo que siento, diría que soy un cobarde —reí—. Espero que las tablas del suelo resistan...

—Lo está poniendo tan mal, que al final me asustaré yo también —dijo ella, burlona. Pero no parecía nada asustada al avanzar, pisando firme sobre sus tacones, cimbreando caderas y nalgas con arrogancia.

La seguí, algo avergonzado. La franja de luz de mi linterna recorrió

rincones sombríos. No eran como elefantes, pero sí como gatos pequeños. Las ratas huyeron velozmente ante la luz. Tampoco había demasiadas, la verdad.

—Parece que no está tan mal como imaginé —dije, contemplando los viejos arcones, las maletas cubiertas de polvo y moho, las cajas de trastos inútiles, un perchero que, como un rígido fantasma, emergía allá al fondo... De todos modos, era un feo lugar.

Ella, muy decidida, alzó un arcón. Aparecieron viejas ropas de mujer y de hombre, revueltas, apolilladas, con un fétido olor a humedad. En otro arcón, eran lámparas viejas, tapices, libros polvorientos, encuadernados en tela cubierta de manchas verdosas, comidas sus páginas por las ratas...

—¿Qué es eso? —preguntó ella de repente.

Miré a donde Sue Lane señalaba. Me encogí de hombros.

—No sé —confesé—. Nunca lo vi antes. Lo cierto es que jamás subí aquí, salvo una vez, siendo niño. Y no recuerdo nada de todo esto...

Ella apoyó sus dedos en el objeto que atrajera su atención. Limpió el polvo, rozándolo con las yemas, firmemente. Apareció un raso negro, manchado.

—Es un maletín —dijo—. Un maletín negro.

—Sí —afirmé. Me incliné, sacudiendo su superficie con mi pañuelo. Aparecieron dos letras en metal deslucido ya. Una L. y una S. Observé—: Podría ser Leonard Sanders. O Lyman Sanders. Ambos fueron médicos.

—¿Y cirujanos los dos, su abuelo y su padre? —indagó ella, probando el cierre del maletín.

—No —negué—. Sólo mi abuelo. Mi padre fue médico; especialista del corazón.

—Entonces, esto perteneció a su abuelo. Vea: es un estuche de cirujano.

Era verdad. Vi, dentro del maletín, sobre un fondo de raso negro, las piezas de cirugía, mohosas y viejas, tremendamente oxidadas.

—Sí, son escalpelos, bisturíes, tijeras... —asentí—. Pero debió de ser de otra época de mi abuelo. En Regent tenemos su maletín, sus piezas de cirugía... Nunca supe que tuviera otras.

—Pues las tenía —tocó un bisturí, largo y afilado, cubierto de óxido—. Y eran bastante buenas. Un bisturí magnífico, señor Sanders.

—¿Entiende usted de la materia?

—Tengo un tío cirujano de garganta, nariz y oídos —rió ella suavemente—. Entiendo poco, pero he visto instrumentos de éstos.

—De todos modos, como verá... no hay materia para hacer de esta casa un centro de atracción turística —sonreí—. Todo es vulgar en ella...

—Sí, me temo que sí —afirmó Sue Lane, dejando de nuevo el bisturí en su sitio, dentro del maletín. Al hacerlo, crujió el raso, rasgándose, de puro viejo. Y algo cedió en el fondo del estuche. Ella se quedó mirando hacia allí. La oí musitar—: Eh, ¿qué es eso?

Miré. El fondo había cedido, ladeándose. Existía otro fondo, oculto hasta entonces.

Y en él... algo blanco, amarillento acaso.

Ella, Sue Lane, se adelantó a mí. Era una mujer muy decidida. Tomó el maletín y tiró del soporte de instrumentos quirúrgicos. Estos rodaron por el suelo polvoriento del desván. Extrajo aquello que aparecía en el fondo doble del estuche. Y se alzó triunfalmente, con ello en la mano.

—¿Qué mil diablos encontró? —fue mi curiosa pregunta.

—No sé... —musitó—. Parece... parece un escrito... Folios manuscritos, cosidos con un bramante...

—¿Un manuscrito? ¿De quién? —indagué, inclinándome hacia ella.

—No puedo entender el nombre... —leyó en la cubierta, húmeda, rugosa, amarillenta, gastada. Fue traduciendo, dificultosamente, las palabras manuscritas, con letra cuidada, color ala de mosca ya aquella tinta—:«Manuscrito... de... las Memorias de... de... Lyman Sanders... Cirujano...».

—Vaya —me sorprendí—. ¿Mi abuelo escribiendo sus memorias? Eso sí que es nuevo... Nunca supe que hiciera tal cosa...

Ella empezó a hojear el manuscrito. Tenía bastantes folios cuidadosamente rellenos con letra menuda, pulcra, bien trazada... Llegó a la última hoja. Miró al pie, a la firma. Y también.

Exhaló un grito ronco, de horror.

—¡Dios mío! —jadeó.

—¿Qué le ocurre? —indagué, tratando de entender el motivo de su sobresalto.

—Mire... mire... la firma... —jadeó, palideciendo.

Miré la firma. Lancé un grito.

Y se cayó la linterna de mi mano, apagándose en suelo, y

dejándonos a oscuras en el desván.

Las letras con que firmaba mi abuelo el manuscrito saltaban ante mí, en la sombra, mientras Sue Lane gritaba de terror, y sentía sus formas agresivas apretándose contra mí, a causa del miedo, igual que si fuera de fuego puro:

«YO... JACK EL DESTRIPIADOR. LONDRES, NOVIEMBRE DE 1888.»

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Londres, 1888.

Yo, Lyman Sanders, médico-cirujano de Spitalfields, con residencia en Hanbury 38, en pleno uso de mis facultades mentales, y sabiendo lo que aquí escribo, inicio este manuscrito, que espero concluir junto con mi era completa.

Yo, Lyman Sanders, médico del palacio de Buckingham, cirujano de la familia real, me confieso aquí, de una vez por todas, en este mes de agosto de 1888. Exactamente el día cinco de agosto. La víspera del día fijado para comenzar la historia de mi obra...

Mañana, todo habrá empezado. Y mi nombre empezara a circular por Londres. No mi nombre de ciudadano londinense, médico y cirujano prestigioso. No, no ese nombre, sino... el otro. El que he decidido adoptar desde mañana mismo. Cuando ella haya caído...

Ella. Es sólo la primera. La primera de todas. No quisiera terminar con la totalidad. Pero debo hacerlo. Tengo que hacerlo. A fin de cuentas... ¿quién de ellas fue? No puedo saberlo. Nadie sabe esas cosas. Lo cierto es que fue una sola. Pero no correré riesgos. Serán seis. Una de las seis es culpable. Eso, seguro. Las otras, quizás no. Sin embargo, han de ser sacrificadas. Es inevitable.

Espero que este documento jamás salga a la luz, de no ocurrir algo imprevisible. Si un inocente es acusado enviaré el manuscrito a Scotland Yard. Pero al final Sólo al final.

Si no ocurre nada, como espero... no me molestaré en enviarlo. Después de todo, mi esposa va a necesitar me en breve. Cuando nazca nuestro hijo... no quiero faltar. Debo cuidar de ambos.

Pero si algo más sucede, entonces no importará demasiado que este documento pueda salvar la vida de un inocente. No quiero que nadie vaya a la horca en mi puesto. No es ese mi objetivo, ciertamente.

Me he examinado a mí mismo durante mucho tiempo, antes de llegar a esta decisión. Me he preguntado si mi estado es perfectamente normal, si disfruto de una salud completa, en lo que a mi mente se refiere. Si mi equilibrio psíquico es correcto.

Mi propia respuesta ha sido afirmativa. No estoy loco. No soy un maniaco, ni un obseso. No soy un sádico ni un enfermo mental. Soy solamente un hombre consciente, frío, implacable con ciertas cosas y con ciertas personas.

Creo que haré un gran bien a la Humanidad, realizando lo que voy a realizar. Después de todo, ¿para qué existen mujeres así? Para que ocurran cosas como... como la que ha ocurrido en mi vida.

No tengo piedad. Lo sé. No tengo sensibilidad ante lo que proyecto. No me produce lástima ninguna de ellas. Ni sentiré remordimientos, estoy seguro.

Todo será frío, deliberado, minucioso e inexorable, aunque pueda parecer otra cosa. Scotland Yard debe ser burlado. De otro modo, impedirían que terminase —: obra. Y eso no debe ser. Luego... que hagan conmigo lo que quieran. Si me dan caza, claro está. Va a ser como una partida de ajedrez. Un hombre solo, contra todo Londres. Contra todos.

Puedo fracasar. Y perder. Admito el riesgo. Todo juego tiene una contra. Esto no es un juego. Pero lo parecerá. Voy a desafiarles. Voy a ser fanfarrón, jactancioso y cruel. Voy a alardear de todo para excitarles. Creerán habérselas con un maníaco, con un obseso. Eso estará bien. No buscarán a un hombre como yo. Nunca un burgués acomodado, prestigioso, un profesional integro, un padre de familia, un hombre rico, inteligente, normal, con inmejorables influencias y amistades...

Buscarán cualquier clase de culpable menos el que realmente será. Matarifes, delincuentes habituales, sádicos o enfermos...

Pero yo, Lyman Sanders, médico-cirujano... Yo, no. Yo nunca podré ser ese hombre a quien muy pronto todos conocerán con el nombre que utilizaré para firmar mis cartas a la policía, mis desafíos irritantes a Scotland Yard.

Nadie imaginará que yo sea... Jack el Destripador.

Nadie.»

* * *

Me enjugué el sudor de la frente.

Era un sudor frío, pegajoso. Miré por los cristales de la ventana de mi casa, en Regent Street. Estaba lloviznando. La niebla era densa

en Londres. Y el fin de semana se había ido definitivamente al diablo.

—Jack el Destripador... —repetí, lentamente, en voz alta. Dejé de leer el manuscrito—. Dios mío... Por fin se ha esclarecido el enigma... ¡Y fue él, mi abuelo Lyman!...

Apenas si había comenzado el manuscrito. El terrible manuscrito del más sanguinario asesino de la historia de Inglaterra. El hombre cuya identidad jamás se reveló... hasta ahora.

Me incorporé. Fui a por una copa de brandy. La apuré de un trago, antes de volver al sillón, para continuar mi lectura. Había tomado de nuevo el manuscrito en mis manos, cuando sonó el teléfono.

—¿Dígame? Aquí Neville Sanders...

—Neville, soy yo —dijo una voz familiar, femenina.

—Oh, sí, Hazel —afirmé—. ¿Qué hay de nuevo?

—Creí que estarías a estas horas en Stratford-On-Avon... —comentó ella, risueña.

—No pudo ser. Han surgido complicaciones, y tuve que quedarme en Londres.

—Entonces, ¿podré verte esta tarde, en el edificio de la BBC?

—No sé, Hazel —dudé—. Tengo cosas que hacer y...

—¿Tú? Nunca tienes nada especial que hacer, y cuando lo tienes, puede esperar —se extrañó ella.

—Esta vez es diferente —miré el manuscrito, pensativo—. Esta vez, no puede esperar,

—Bien, posiblemente vaya yo a verte a tu casa, entonces, algo más tarde —dijo. Y colgó. Colgó, antes de que yo protestara, negándome a ello. Hazel Fox era así. Lo que ella decía, era ley. Supongo que esa energía se la daba el ser una popular presentadora de televisión, , la BBC-TV. Eso, y ser tan bonita...

Malhumorado, contemplé el teléfono. Si a alguien me gustaba ver frecuentemente, ese alguien era Hazel. Pero hoy no quería ver a nadie. Absolutamente a nadie.

Me senté en el sillón, junto a la lámpara de pie, ya encendida, pese a lo temprano de la hora vespertina, a causa de la oscuridad del día lluvioso.

Fijé de nuevo mis ojos en el manuscrito. Y comencé a leer el relato del primer crimen cometido por Jack el Destripador, ochenta años atrás.

Un 6 de agosto, en el East End londinense...

* * *

«6 de agosto de 1888.

Acabo de matar a Martha Turner.

Son las tres y veinte de la madrugada cuando esto escribo. Hace poco más de una hora que ella murió en Spitalfields, cerca de una taberna de mala nota, llamada Angel and Crow. Cerca, justamente, de Whitechapel Church.

No sé si la habrán hallado ya, o eso sucederá más tarde. Pero Martha Turner está muerta, en aquellos escalones...

Martha Turner vivía en el número 4 de Star Square. Tenía unos treinta y tantos años de edad. Su profesión... la más vieja del mundo. La misma que todas las demás que esperan turno. Todas ellas deambulan de noche por esas callejas.

La apuñalé muchas veces. Más de treinta, creo [2]. No creo que descubran nada. No he dejado rastro alguno. Ni una sola huella. Nada. He utilizado un arma blanca y un bisturí. Pero eso no creo que les conduzca a mí, ni mucho menos.

Ahora, dentro de pocos días, debo ir a por otra. A por la segunda víctima elegida.

Creo que será Mary Ann Nicholls. Cuarenta años cumplidos. Casada, separada de su marido. No tiene hogar conocido. Abusa del alcohol. Sí, será ella. Primero debo verla alguna otra vez. Me gané su confianza. La llaman Polly algunas de sus amistades de los bajos fondos. Frecuenta mucho la calle Osborn... Y adora los sombreros raros y llamativos. Le compraré uno. Eso la hará sentirse radiante, me tomará simpatía, creará en mí... y ese será su error.

* * *

Recordé detalles de aquel segundo crimen del Destripador. Evoqué un detalle terrible, macabro y significativo, Sobre todo ahora, ante aquel manuscrito revelador.

La segunda víctima del Destripador fue, ciertamente, Mary Ann Nicholls. Y su sombrero nuevo, llamativo, fue hallado a poca

distancia del mutilado cadáver, sobre un charco de sangre, aquel día de agosto de 1888...

Recordé también la fecha, según los historiadores de la trágica serie sangrienta de Whitechapel: el 31 de agosto, exactamente...

* * *

«31 de agosto de 1888.

Veinticuatro días después del primer suceso. Ha sido anoche. Y acerté. La víctima fue quien tenía que ser. Mary Ann Nicholls. Confío en mí. Ciegamente. Ni siquiera sospeché nada al verme. La acompañé. Creo que su mayor sorpresa fue cuando se sintió herida. Pero ya era tarde entonces para intentar cosa alguna.

La maté a las tres y media de la madrugada. En Buck's Row, Whitechapel. Muy cerca del taller de ferrocarriles Great Eastern, y del matadero de caballos de la calle Winthrop. Esto último ha sido intencionado. Mi modo de matar hará que la policía se fije en los matarifes. La forma de mutilar, de utilizar el arma...

Creo que el pánico va a cundir en Whitechapel muy pronto. Periodistas ávidos de sensacionalismo están ya publicando informaciones tan inexactas y absurdas como estremecedoras para la gente del East End. Para ellos, el asesino es un monstruo feroz, una bestia salvaje y primaria... He oído comentarios en mi vecindad, hoy mismo. No se habla de otra cosa, sino de Mary Nicholls y el hallazgo de su cadáver ensangrentado. La gente tiene olfato para esas cosas. Dicen que la misma mano que abatió a Martha Turner, terminó con la vida de Nicholls. Y aciertan, claro.

Pero esa mano, nadie sabe cuál es.

Pronto lo sabrán. Se está acercando el momento de dar mi nombre a la policía. Escribiré mi primera carta a Scotland Yard, dentro de pocas fechas. Será una carta ingeniosa, claro. Y desorientadora. Le aplicaré algunos americanismos, giros y palabras que induzcan a pensar en mí como en un extranjero, acaso un judío... La gente siempre gusta de culpar de todo a los judíos. Será divertido ver hasta dónde llega la desorientación de la policía y de la gente...

Lo importante es mi impunidad. Al menos, por el momento. Al menos, en tanto dura mi labor justiciera. No vengadora, insisto, sino de estricta justicia. Un puñado de vidas indignas, viles, de la peor

especie, a cambio de una vida que no debió nunca perderse. Nunca...

Si Después de estos dos asesinatos, es hora de que Londres tiemble. Yo me encargaré de eso. Yo... Jack el Destripador. Yo, el doctor Lyman Sanders.»

* * *

Era espantoso.

Una vieja historia, una crónica negra, amarilla por el tiempo, en amarillas hojas de un manuscrito antiguo. Una terrible revelación, llegada de más allá de la propia muerte. La explicación de un enigma jamás resuelto.

Y yo, precisamente yo, estaba asistiendo a la revelación insólita, a través de la confesión del propio culpable. Un hombre de mi propia sangre. Un hombre de quien yo descendía directamente.

Me estremecí. Dejé el manuscrito a un lado. En la calle, la llovizna era tenue pero fría, y resbalaba como lágrimas por el vidrio empañado. Las luces eléctricas brillaban en Regent Street, tratando de desvelar las tinieblas de la tarde otoñal, inclemente y húmeda.

Dentro de mi casa, el ambiente era confortable, cálido, acogedor. Y, sin embargo, un sutil frío encogía mi ser, haciéndome temblar de vez en cuando. Tenía las palmas de las manos pegajosas, frías, sudorosas. Y los dedos sobre los brazos del asiento.

El abuelo Lyman. El hombre que creó la fortuna y el bienestar de los Sanders. Y era él. Era... el asesino. El Destripador. El hombre más buscado, el más perseguido. El más enigmático en la historia del crimen. De mi país y, posiblemente, de todos los países del mundo.

Yo no era nada ni nadie en aquel horror. Solamente un pasivo testigo en la distancia y en el tiempo. Un lector de la cadena de horrores conocida de todo el mundo. No podía hacer otra cosa que leer. Seguir leyendo el espantoso relato, referido con la frialdad impávida con que mi abuelo Lyman hubiera podido referir los detalles de una simple intervención quirúrgica.

Pero aquello no era una vulgar operación tras otra. Eran asesinatos. Feroces, implacables ejecuciones de mujeres públicas, por un móvil que todavía, pese al manuscrito, seguía tan oscuro como antes. Tan

desconcertante, oscuro y perverso como antes del relato...

Era preciso seguir leyendo. Continuar adelante, por las hojas amarillentas del diabólico relato. Esperando encontrar algo más que la fría descripción de una serie sangrienta, estremecedora, increíble...

Volví a tomar el diario, el manojo de crujientes hojas de papel manuscritas...

Entonces llamaron al timbre.

Me erguí. Llamaban en casa. Alguna visita inoportuna.

Me acordé de Hazel. Era una visita agradable siempre. Pero no en esta ocasión. Hubiera preferido continuar solo, leyendo aquel documento estremecedor.

Volvieron a pulsar el timbre. Me incorporé. Arthur, mi mayordomo, no estaba. Tendría que abrir yo.

Fui a la puerta. Abrí.

Nunca debía haberlo hecho.

Recibí un golpe seco y tremendo en pleno rostro. Borrosamente, capté la presencia de alguien en el umbral; un hombre envuelto en un impermeable oscuro, brillante de lluvia. Un sombrero del que chorreaba el agua, cuando se inclinó sobre mí, violentamente, golpeándome la faz algo contundente que llevaba.

Estallaron luces violentas ante mis ojos. Oscilé, pretendiendo luchar, aferrarme a mi sorprendente agresor, urgido de la tarde neblinosa, de la lluvia y la sombra. De nuevo el objeto contundente me martilleó con brutalidad en la cabeza. La mancha borrosa y pálida de un rostro que no pude identificar, bailoteó un instante ante mí, antes de que aquella pegajosa y fría oscuridad del exterior, parecía penetrar en mi casa, engullirme y arrastrarme consigo, a su sima de tinieblas heladas.

CAPÍTULO II

—Neville... Neville... ¿Te encuentras mejor?.

Me costó trabajo entender aquello. Miré a la persona que me preguntaba. Tuve que pestañear varias veces sentí náuseas, y cerré los ojos, a punto de vomitar. Di una voltereta sobre el blando lugar en que yacía, soltando un gemido.

Cuando abrí de nuevo los ojos, noté que todo seguía igual. Estaba en el suelo, sobre la suave y blanda alfombra de moqueta. Ante mí, se hallaban unas preciosas piernas que la corta falda dejaba ver en toda su belleza y línea seductora, hasta muy arriba de sus bien tornados muslos. Las reconocí en el acto.

—Hazel... —musité roncamente, con un suspiro. —Ni siquiera me viste el rostro —se quejó ella. Y eso que la televisión lo difunde con frecuencia y conoce todo Londres... ¿Tan familiares te son mis piernas, Neville?

—Te confieso que las admiro lo suficiente para reconocerlas en cualquier lugar —gemí.

—Eres un bribón —murmuró ella. Y ahora sí vi su rostro, sus rojos cabellos, su breve naricilla, su boca carnosa, sus rasgados ojos verdes, fijos en mí—. Pero no me has contestado. ¿Qué te ocurre? ¿Pasó un huracán por tu casa?

—Poco menos —me quejé. Logré sentarme en el suelo del gabinete, y la miré—. ¿Qué ha pasado, Hazel?

—Es lo que yo te pregunté.

—Alguien llamó. Me golpearon. Caí... Eso fue en el vestíbulo, claro...

—Pues ese alguien te trasladó aquí después —me señaló el gabinete—. Pero dejó la puerta abierta. Entré y te encontré así. ¿Te han robado algo?

Me miré. Mi batín de seda, mi reloj de pulsera, mi anillo con un diamante... Palpé mi bolsillo. Extraje el billetero. Vi los billetes de veinte libras. Todo en orden. Sacudí la cabeza.

—Diablo, no —mascullé—. Todo está bien...

Miré en torno. La copa de brandy, ya vacía... La hez, la mesa, el

sillón... Todo intacto. De repente me incorporé con un grito ronco. Miré la mesita. Vacía. Vacía...

—¡El manuscrito! —aullé.

—¿Qué manuscrito? —se interesó ella.

—Cielos, nada... —me incorporé, miré en tomo, por doquier, a todas partes, sin hallar ni rastro del documento. Temblaban mis manos, al recorrer muebles, troquela, todo en absoluto. No había error posible. Había desaparecido—. Era... era un documento de gran valor...

—¿Qué clase de documento, Neville? —se extrañó Hazel—. No acostumbras a preocuparte de manuscritos y cosas así. ¿Eres coleccionista de algo?

—Claro que no. Era ...era un manuscrito familiar. Muy especial. Valiosísimo...

—Entonces, parece que describimos la causa de la agresión —sonrió ella, pensativa. Me señaló algo, en el suelo—. Mira. Hay huellas de pisadas húmedas en la moqueta. Alguien te trasladó aquí desde la puerta, y se dedicó luego a deambular por esta sala, por alguna razón.

Era verdad. Pude ver esas huellas. Parecían producidas por unos grandes chanclos de goma. Algunas de ellas, estaban junto a la mesita donde dejé al manuscrito.

—Dios mío —murmuré, frotándome las sienes—. Si se ha público ese documento...

—¿Pudieren robarlo con tal idea? —indagó ella.

—Pudo ser, sí. Pero no entiendo cómo supo alguien... —me detuve. Medité, y di un leve respingo—. A no ser...

—¿Qué? —me alentó ella, llena de curiosidad tremendamente femenina.

—A no ser... que ella...

—¿Ella?

—Sí, la chica rubia... Sue...

—No entiendo una palabra, Neville —me confesó Hazel.

—No importa —corrí al teléfono. Busqué en mi bolsillo la tarjeta de Inmobiliaria City Incorporated. Tomé el aparato telefónico, y marqué el número.

La llamada se recibió en las oficinas de la empresa, pero nadie la atendió. Teniendo en cuenta que era viernes, y la hora avanzada de

la tarde, me sentí desalentado. Hasta el lunes, no habría remedio. Ni siquiera sabía cómo buscar a una Sue Lane en Londres, sin conocer de ella otra cosa que su nombre y su trabajo. Habría montones de ellas en la guía telefónica. Ni su nombre ni su apellido eran un dechado de originalidad.

—¿Puedes explicarme algo, Neville? —quiso saber Hazel.

—Preferiría no hacerlo... por el momento —musito—. Es confidencial. Muy confidencial, Hazel, no te ofendas.

—Solamente pretendía ayudarte. Parece que alguien te quitó un manuscrito. Y sólo una mujer llamada Sue sabía que lo tenías, ¿no es eso?

—Eso es, exactamente —afirmé, ceñudo.

—Te golpearon fuerte para eso —dijo ella—. Tienes un hematoma en la frente, sobre la nariz. Y otro en la frente, junto a la sien...

—Lo siento perfectamente —convine, tocándome con resto de dolor ambos puntos.

—Tuviste que ver a tu agresor...

—Borrosamente. Estaba oscuro, se cubría con el radio de un impermeable, llevaba sombrero... Vi muy confusamente su cara. Pálida, extraña, como... como si...

—Como si ¿qué?

—Como si llevara una máscara de goma, o maquillaje, o algo parecido

—Eso suena a terriblemente misterioso —bromeó a medias Hazel, sin quitar sus ojos de mí.

—Lo sé. Pero es así. Todo es sumamente misterioso e inquietante. Hay algo que no me gusta, y no sé por qué...

—Podrías, al menos, contarme algo más. Puedo serte de alguna ayuda, pero si no te sinceras...

—Tal vez resultaría inútil —sacudí la cabeza—. No, Hazel. Prefiero reflexionar, tratar de ver claro en toda esto,... De cualquier modo, es posible que más adelante te lo cuente. Ahora, vale más esperar.

—Esperar, ¿qué?

—No lo sé —confesé—. Algo, sea lo que sea...

—Como quieras —me estudió, pensativa—. Supongo que tampoco piensas llamar a la policía...

—No —me estremecí—. Aún no...

—Está bien, haz lo que quieras —se encogió de hombros, algo

disgustada—. Vale más que te deje Neville. Creo que te encontrarás mejor a solas. Había pensado que podríamos ir a cenar a alguna parte, pero no te veo en condiciones de salir a ningún sitio.

—Estás en lo cierto, Hazel —dijo, confuso, mordiéndome el labio inferior—. Será mejor que me llames mañana, a mediodía. Habré tenido tiempo de poner mis ideas en orden... ¿No te importa?

—Somos buenos amigos, Neville —sonrió ella—. Si piensas que mañana puedo serte más útil te llamare a mediodía.

—Gracias. Eres un ángel —elogié.

—Todavía no me dieron las alas —suspiró Hazel con una sonrisa bailando en sus verdes pupilas. Tomó su impermeable amarillo limón, lo ajustó con descuido sobre su bien formada anatomía, y se encamino a la salida—. Hasta mañana, Neville. Y no abras a nadie, sin comprobar previamente quién es...

—Es un consejo muy prudente —convine—. Puedes estar segura de que lo seguiré...

Hazel se marchó, dejándome a solas con mis inquietudes y recelos. Fui derecho a mi dormitorio. De una gaveta de la mesilla, extraje una pistola automática, comprobé que estaba cargada, y la metí en el bolsillo de mi balín. Habitualmente, sólo la utilizaba en el club de Tiro. Posiblemente me sirviera ahora para otras aplicaciones. En defensa propia, por ejemplo...

Examiné la mesa del gabinete. Había gotas de agua de lluvia sobre ella. El intruso se apoderó del manuscrito, era evidente. Poseer aquel documento, era como tener una bomba con la mecha prendida, en algún lugar cerca de mí. Hacer público el manuscrito, significaría el fin de una dignidad familiar. Pero el punto misterioso del asunto continuaba siendo el mismo. Quién robó las memorias del doctor Lyman Sanders... y quién informó al ladrón de la existencia de tal manuscrito?

Otra vez el nombre y la persona de Sue Lane bailoteó en mi mente. Recordé sus senos belicosos, sus ojos, sus gafas, su pelo rubio...

Tomé una decisión. Fui a un mueble librería. Lo abrí, temiendo lo peor. Respiré hondo. Estaba allí. El montón de fotocopias, hecho por mí mismo aquella mañana, en una máquina automática de las instaladas al efecto. Fotocopias de páginas manuscritas, una por una. Fotocopias del documento de mi abuelo Lyman...

Había sido una precaución ridícula, en principio. Estuve a punto de

no tomarla. Por fortuna, lo hice. Ahora, poseía una copia. Su valor, cuando menos para la lectura del texto terrible, era inapreciable. Aunque no alterase la gravedad del asunto, al haberse robado el original.

Tomé las fotocopias. Las envolví en papel manila las guardé, en mi caja fuerte, tras el gran cuadro que reproducía un Reynolds. Respiré con alivio, al menos podría seguir la historia siniestra de Jack el Destripador. Pero más tarde.

Ahora, había algo más urgente: hallar a Sue Lane. Buscar una chica rubia llamada Sue, en Londres. La clásica aguja en el pajar.

Me vestí. No olvidé la automática. Me puse un sobretodo, y salí a la tarde inclemente, a la lluvia, e frío y la niebla londinense. Cuando me sumergí en la espesa bruma vespertina, bajo la llovizna, tuve un es calofrío.

Sin saber por qué... era como sumergirse en el pasado. Como hundirse en el lejano Whitechapel de pasado siglo, tras las huellas de un fantasma humano llamado Jack el Destripador...

Naturalmente, era sólo una impresión ilusoria, uní sensación absurda. Pero la sentí.

Y eso me inquietó. Casi, casi... me asustó.

* * *

Inmobiliaria City Incorporated.

Era allí. Contemplé el edificio, moderno y aséptico, en plena City precisamente. En Coleman Street, cerca de Moorgate. Después de todo, no demasiado lejos de dos distritos londinenses hartos significativos para mí en esos momentos: Spitalfields y Whitechapel...

La inmobiliaria ocupaba los dos primeros pisos del edificio. Entré. Un conserje y telefonista me informó en el acto, apenas le formulé mis deseos:

—Lo siento, señor. Ya no hay nadie arriba. Los viernes cierran pronto las oficinas. Ya no viene nadie hasta el lunes, naturalmente.

—Pero..., pero la señorita Lane quedó en esperarme hasta tarde —mentí fríamente.

—¿De veras? —le vi fruncir el ceño, dubitativo. Sacudió la cabeza —. Bueno, ya son las siete y treinta minutos. Demasiado tarde, ¿no

cree?

—Tal vez —hice un gesto evasivo—. Dijo que me esperaría hasta las ocho o más tarde... Es un asunto especial, de gran urgencia. Claro que si no está y usted conoce sus señas...

—No, no sé dónde vive ella. Bien mirado, no vi salir a la señorita Lane, aunque posiblemente saliera con los demás sin que yo lo advirtiese. Suba, de todos modos. Si ella quedó en esperarle, puede que esté. Si no responden, significará que se olvidó de ello, señor...

—Sanders —dije—. Neville Sanders.

Y subí a la planta de las oficinas de la Inmobiliaria City Incorporated. Mi idea era audaz. Pensaba entrar en ellas del modo que fuese, y ver en sus archivadores la dirección particular de Sue Lane. Ya que el conserje no tenía sus señas, las buscaría, incluso cometiendo un delito, si era preciso: allanamiento de unas oficinas comerciales.

Llamé repetidamente al tiempo de la inmobiliaria. Como esperaba, no obtuve respuesta alguna. Miré a ambos lados del corredor. Era la única empresa instalada allí. Nadie circulaba por la planta.

Utilicé los elementos que llevaba conmigo a aquella visita poco legal: esparadrapo y un cortavidrios. Me bastó formar un aspa con la cinta adhesiva sobre el vidrio de una de las puertas translúcidas de acceso. Luego, corté un amplio trozo del vidrio, que se quedó sujeto por los adhesivos. Luego, desprendí todo ello cuidadosamente. Y entré por el hueco, con toda calma.

Una vez dentro, utilicé mi lámpara eléctrica, a través de las oscuras oficinas de muebles metálicos, paneles de vidrio escarchado y metal aluminizado. Archivadoras, máquinas de escribir, planos y proyectos en los muros, algún que otro almanaque con exuberantes pinups.

Y una puerta entreabierta, al fondo. Avancé hacia ella, decidido. Posiblemente si me descubrían, iría a parar a la cárcel. Pero iba a correr el riesgo, fuese cual fuese.

Entré en el despacho. Proyecté la luz sobre la mesa, donde aparecía una máquina portátil eléctrica. Algo más allá, vi una silla giratoria, de soporte de metal aluminizado, caída en la moqueta.

La moqueta no era roja. Pero lo parecía. Luego vi a ella.

Era Sue. Sue Lane, la chica rubia. Sus gafas estaban rotas, lejos de su rostro. Salpicadas de rojo también. Rojo de sangre. Como la

moqueta. Como las paredes, como los muebles.

Como Sue Lane.

Estaba muerta. Muerta como las víctimas del Destripador ochenta años antes. Al menos la habían dado veinte cuchilladas. Algunas de ellas, abrían su abdomen ferozmente.

Igual que Martha Turner y Mary Ann Nicholls, allá en el Whitechapel de 1888...

Destripada por un asesino salvaje, cruel, despiadado. En un despacho moderno y funcional, del Londres de 1968...

Sus ojos azules, sin gafas, desorbitados de horror y angustia, se clavaban en el vacío, en la luz de mi linterna, conservando sin duda la petrificada, .vidriosa mirada postrera que clavó la infortunada en su maligno agresor...

CAPÍTULO III

La lluvia había arreciado considerablemente cuando llegué a casa. Abrí la puerta. Entré, tambaleante. Me apoyé en ella, tras cerrar, asegurando con pestillo la misma. Respiré hondo, dominando mis náuseas, mis escalofríos. Miraba mi confortable vestíbulo, sin verlo siquiera. No veía nada. Nada, salvo la imagen terrible, la visión de sangre, de muerte, de destroz humano...

—Dios mío... —musité—. Dios mío...

Me moví, vacilante, camino del gabinete. Ajusté los postigos de las ventanas, como si huyera de miradas del exterior, amenazadoras y crueles. Pero sólo había llovizna, luz en cercos blancuzcos, difuminada en la niebla, un asfalto negro y lustroso como charol...

Y en alguna parte, un asesino suelto.

Otra vez. Como en el manuscrito amarillento y viejo. Como en el pasado.

Otra vez una mujer degollada, acuchillada, bañada en escarlata.

—Es imposible... —susurré—. Imposible...

Cosas así no sucedían. No podían ocurrir. El tiempo no es un círculo que vuelva a su punto de origen, cerrando un ciclo.

De repente, como una maldición, había aparecido el manuscrito. Y alguien lo había robado. Alguien había matado...

El eslabón se perdía en Sue Lane, muerta horriblemente en su oficina. El conserje y telefonista tuvo razón. Ella no llegó a salir de la inmobiliaria... Aunque al bajar yo, de regreso, procuré mostrarme sereno y decirle que, ciertamente, nadie, respondía, me pregunté si ya habrían descubierto en el vidrio el boquete, y luego el cadáver acuchillado.

Llamé por teléfono a Hazel Fox. No respondió nadie. No estaba en casa. Probé en la BBC-TV. Me dijeron que no trabajaba por la noche. No estaba tampoco allí.

Me sentí realmente solo. Terriblemente solo.

Fui a mi caja fuerte. Dominado el temblor de mis manos, tomé las fotocopias del manuscrito de Lyman Sanders. Busqué, febril, la página donde dejara la lectura. Y proseguí leyendo, con pulso

incierto, con mirada difusa, perdida, que hacía bailotear las letras cuidadosamente trazadas a pluma, ante mis ojos llorosos.

De nuevo, con un salto en el tiempo, regresé a 1888. A un 8 de setiembre...

Otra vez en Spitalfields, no lejos de Whitechapel...

Otra vez una mujer. Una cualquiera de las calles de Londres.

Esta vez, era Annie Chapman la víctima...

* * *

«Annie Chapman. Prostituta. Separada de su marido por alcoholismo. El era un veterinario especializado en cirugía. Esto hará pensar a esos imbéciles de Scotland Yard. Sobre todo, al inefable inspector Webb...

El inspector Jonathan Webb. Otro brillante miembro de la policía londinense. Otro desorientado. Otro que va a fracasar. Como Chandler, como Abberline... Todos los cerebros prestigiosos de Scotland Yard, abocados al fracaso. Es divertido. Muy divertido.

Jonathan Webb es el más furioso de todos. Ha ordenado arrestar de momento al marido de Annie Chapman. Allá él con sus estupideces. La gente se reirá de él. Los periodistas ya empiezan a hacerlo.

Encontraron a Annie Chapman en el patio trasero de la casa de la calle Hambury. Donde yo la ataqué anoche...

Un portero del mercado de Spitalfields dio con ella. Aquella mujer de cuarenta y siete años, no parecía proceder de la buena familia de que procedía. Daba náusea verla. El vicio, el alcohol, la vida depravada, hicieron de ella un espectro. No se ha perdido nada, sinceramente. Me siento satisfecho de lo que hice. Una mujerzuela menos. Y de la peor especie.

Las mutilaciones y cortes perfectos, de auténtico experto, no van a servir de indicio contra mí. Aunque habito cerca de allí, desafío a los policías a que me localicen y me acusen. Soy demasiado honorable para ello.

Acabo de leer las primeras ediciones matinales. Los periódicos me divierten. Teorías absurdas, sensacionalismo, mal gusto, dibujos del asesino, deformados por la imaginación o la estupidez de los dibujantes y artistas...

He pulsado el ambiente en las calles. La gente tiene miedo. ¡Si

supieran, cuando comentan algo sobre el asesino... que lo tienen allí al lado, sonriéndoles amablemente, haciendo alguna pregunta con tono curioso y casual! ¿No es divertido el juego?

Dicen que sir Robert Anderson se va a ocupar del caso personalmente. Creo que está enfermo y que ha pasado algún tiempo en Suiza, reponiéndose de una dolencia pulmonar[3]. El inspector Webb habla muy bien de él. Le ha hecho volver, para que se encargue del asunto. No me asusta. La gente se meterá con él. Le criticarán los reporteros. Será una víctima más de las circunstancias. Una presa de la voracidad pública y periodística. Allá él. No creo en su inteligencia. No creo en la inteligencia de nadie.

Y menos, en la de los pobres policías de Scotland Yard. Son fantoches. Miserables asalariados al servicio de un organismo caduco. Yo, lo estoy demostrando. Yo, Lyman Sanders, médico cirujano. Yo, que pronto, muy pronto, en una carta inmediata, desafiaré a ese orgulloso estamento nacional que es Scotland Yard... Será entonces cuando sepan que no se trata de un pobre matarife, ni de un atrasado mental, ni de un sádico. Solamente de un hombre realmente genial.

Un hombre llamado... Jack el Destripador.

* * *

Así llegó el 30 de setiembre.

El día supremo. El del doble crimen. Dos asesinatos en una noche. Eso, cuando la masa policial lo cercaba todo. Cuando policemens de todo género, veteranos y novatos, recorrían en todas direcciones Whitechapel y Spitalfields.

Cuando periódicos, opinión pública. Gobierno y centros públicos y policíacos, habían asegurado que toda clase de seguridades estaban tomadas.

Entonces di mi auténtico golpe maestro. Mi tour de force genial. Les hundí a todos. Desafié a todos y les vencí. A sir Charles Warren, jefe superior de policía. A sir Robert Anderson, su auxiliar principal. A sir Henry Smith, comisario-jefe de los efectivos policíacos de la City. A Abberline, eterno fracasado en el caso.

Y, sobre todos, al pobre pelele. Al fantoche derrotado siempre; al inspector Webb. Jonathan Webb, del Escuadrón de Homicidios de

Whitechapel y Spitalfields...

Voy a mencionar una escena. Una sola... en la que, casualmente, él y yo coincidimos, por rara circunstancia, en las dependencias de Scotland Yard.

Yo, como testigo "casual". El... como encargado de la investigación de dos asesinatos horribles: los de Elizabeth Stride, en la calle Berner, y Catherine Edduwes, en la plaza Mitre...»

* * *

«Ultimo día de septiembre...

Sucedió entonces. El primer día de octubre, Scotland Yard era un manicomio. Y yo formaba parte de el... en cierto modo.

—Fue en la madrugada del treinta al treinta y uno —dijo Jonathan Webb rudamente, pegando un puñetazo seco en su mesa de trabajo—. Entre Commercial Road y la zona del ferrocarril. Hay un patio accesible, con dos portones de madera. La casa la utilizan los miembros del Club Internacional Educativo, para trabajadores. Se reúnen los sábados por la noche, para celebrar conferencias, asistir a conciertos y cosas así. El último sábado no era muy distinto a los demás. Pero en realidad lo ha sido.

—¿Lo fue? —quise saber, inocentemente.

—Usted, doctor Sanders, tiene que comprenderlo mejor que nadie. Es médico. Cirujano —Jonathan Webb me señaló con dedo rígido, firme. Sus ojos oscuros eran fríos, duros, inquisitivos—. Estamos luchando, quizá, contra uno de su propia clase.

—No entiendo...

—Me refiero a... a Jack el Destripador.

—¿A... quién? —pregunté, ingenuamente.

—Jack el Destripador —repitió Webb, sin quitarme los ojos de encima.

—No entiendo muy bien, la verdad.

—Lo entenderá cuando lea esta carta —me tiró algo a las manos—.

¿Quiere leerla en voz alta, doctor Sanders?

Lo hice. Con tono vacilante, indeciso. Era una carta escrita con tinta roja. La conocía bien. Yo la había escrito. Estaba dirigida a Scotland Yard. A nombre del inspector Jonathan, Webb. Era divertido, incluso sarcástico, que yo la tuviera que leer ahora.

«Querido inspector:

«Siempre oigo decir que la policía me ha arrestado. Pero nada saben de mí. Me he reído mucho al ver lo listos que se creen. No cesaré de destripar fulanas, en tanto tenga fuerzas. Mi último trabajo salió bordado. La víctima ni siquiera gritó. No tuvo tiempo. Pronto sabréis más de mí. La próxima vez, a lo mejor, os envío fragmentos mutilados de otras víctimas. Sólo por broma, claro. ¿Van a dar a conocer esta carta al público, cuando cometa otro hecho similar? Tengo mi cuchillo bien afilado. En cuanto haya una oportunidad, la aprovecharé. Buena suerte, inspector.

«Atentamente suyo:

»Jack el Destripador.» [4].

Le devolví la carta. El seguía mirándome. Sonreí. Me encogí de hombros.

—¿Qué le parece, doctor? —me preguntó.

—No sé... —sacudí la cabeza—. Parece una broma...

—No es una broma —dijo roncamente el inspector Webb—. Ese tipo, el... el Destripador, ha vuelto a dar el golpe. Y doble. Por eso le enseñé la carta, doctor.

—¿Se refiere a esas chicas de la calle Bemer y de la plaza Mitre...?

—Sí. A ellas, doctor Sanders. Elizabeth Stride, mujerzuela de cuarenta y cinco años. Sueca de nacimiento. Casada con un carpintero que murió en un naufragio. No revelaba muestras de lucha. No se opuso a su agresor. Incluso llevaba caramelos en su mano apretada... La degollaron de modo que no gritase. Ya entiende: cuerdas vocales cortadas. Lo de siempre: mutilaciones, brutalidad en el acuchillamiento...

—Sí, lo de siempre —suspiré—. Lo he oído cien veces en la calle. Todos hablan de esas dos pobres chicas...

—Sí. Ambas en circunstancias similares. Lo de cada vez. Es como firmar el crimen. Se trata del mismo. Ahora nos da audazmente un nombre: Jack el Destripador. Raro nombre, ¿no le parece?

—Es un apodo. Nada más que eso. Pudo ser otro. ¿Significa algo por sí solo, inspector?

—No. Significa audacia, seguridad en sí mismo, desprecio a

nosotros, los policías —el inspector Webb sacudió la cabeza—. Y mucha osadía, claro. Sobre todo, eso. La carta está escrita el veinticuatro de este mes. Días antes del doble crimen. Se arriesgó. Y ganó la batalla, una vez más. Empiezo a irritarme, doctor.

—Lo comprendo —le miré, irónico—. ¿Puedo saber por qué me llamó a mí?

—Muy sencillo —sonrió el policía—. Su nombre estaba en una agenda de la segunda víctima, Catherine Eddowes. ¿Puede explicar eso?

—Oh, eso... —me llamé a mí mismo estúpido interiormente, por no haber pensado en ello—. Ya entiendo. Catherine Eddowes... Una chica de mala vida. Alcohólica. Envejecida prematuramente. Enferma venérea. Sufría ataques cerebrales. La visité dos veces, de urgencia. Mi consultorio no queda lejos de esa zona. Es el viejo consultorio, claro. Desde que soy médico de la familia real, he trasladado mi consulta a Regent Street. Pero aún atiendo un par de horas al día a los enfermos pobres de los barrios miserables. Sentimentalismo, diría yo. Esas pobres criaturas, inspector... necesitan a alguien.

—Sí, lo entiendo. ¿Conoció usted a la Eddowes?

—Sólo en la medida de sus dolencias. Ya imaginaré la clase de mujer que era. Casi siempre embriagada, escandalosa... Una víctima más de su ambiente y medio de vida. Siento lo que le sucedió, pese a todo. No hizo daño a nadie, que yo sepa.

—No. Sólo a los que contagié sus males —dijo irónico Webb, con acritud—. Existen tantas personas que caen víctimas de esa clase de mujeres... Dicen que esa noche iba con un acompañante, como casi siempre. No sabemos quién. Pero ella era desconfiada. Dicen que hablaba con frecuencia de su decisión de no dejarse acompañar de nadie que no fuese de su total confianza. Por miedo al asesino de Whitechapel, claro. Y resulta que... fue una víctima más de ese monstruo.

—¿Qué le sugiere eso, inspector?

—Que la persona era de su confianza —Webb miró fijamente hacia mí—. ¿Qué clase de hombre merecería la confianza de una mujer asustada y llena de celos?

—Un amigo —sugerí—. Un policía... un vecino... o un médico.

—Eso es —asintió Webb, complacido—. No se fiaba de sus vecinos.

Quedan los policías... y los médicos. Por eso le llamé.

—Ya. ¿Sospecha de mí?

—Por Dios, doctor, no diga tonterías. Sospecho de otro médico. Usted conocerá a sus colegas de la zona. Pudo haber un médico que la atendiera. ¿A quién sugeriría usted?

—A nadie —repliqué dignamente—. No me gusta señalar a una persona o a varias, no estando seguro de ello, inspector. Además, ¿por qué habría de ser precisamente un médico? Hay mucha clase de vecinos: tenderos, patronos, compañeros de cantina, taberneros, amigos...

—Hablo de las mutilaciones y cortes. Son demandos perfectos. Nunca vi nada igual. Limpieza en la incisión, pulcritud, conocimiento anatómico, rapidez, seguridad, pulso firme... Es obra de un cirujano.

—O de un matarife —señalé, sarcástico.

—¡Matarifes! —se enfureció Webb—. ¡No creo esa estupidez de los periodistas! Ninguna mujer pública confiaría en... en un matarife, después de los sucesos de Whitechapel.

—Estoy de acuerdo —admití—. Pero de cualquier modo... ¿quién puede asegurar o negar algo, inspector Webb?

—Nadie, doctor Sanders —me miró, irónico—, No obstante, ¿se ha dado usted cuenta de la clase de sospechoso ideal que resulta un cirujano de su categoría en un distrito como Spitalfields?

—Sí —afirmé, seco—. Me he dado cuenta.

Y abandoné su despacho de Scotland Yard.

Sólo entonces supe que el inspector Jonathan Webb era mi peor enemigo. Porque era el primero en sospechar realmente la verdad. Era el único que había pensado en que Lyman Sanders, cirujano de Buckingham Palace, médico de la familia real, podía ser Jack el Destripador.

Y eso era peligroso.

Muy peligroso para mí. Muy peligroso para Jack el Destripador...»

* * *

Otra vez me interrumpió un timbre. Pero no el de la puerta.

Otra vez dejé el manuscrito, aunque ahora sola fuese una vulgar fotocopia del mismo, sin el valor del original, aunque con su mismo

terrible significado, con idéntica y tremenda trascendencia en mi vida.

Descolgué el teléfono. Pregunté:

—¿Quién llama?

—¿Es usted Neville Sanders? —indagó una voz.

—Sí —respondí—, ¿Y usted?

—Soy un amigo.

—¿Qué clase de amigo?

—Digamos que soy... —sonó una risa lejana, al otro extremo del hilo.

Luego, una frase escalofriante—: Digamos que soy... Jack el Destripador.

—¿Qué? —aullé, aferrando con mano crispada el teléfono—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—Ya me ha oído. Y muy bien, señor Sanders. ¿Asustado?

—Está diciendo tonterías... ¿Quién es usted realmente?

—Claro que digo tonterías —volvió a sonar la risita suave, burlona

—, Sólo quise ver el efecto que producía en usted ese comentario.

—Pues ahora ya lo sabe. ¿Con quién estoy hablando?

—Con Webb —dijo la voz, serenamente—. Con Joparan Webb...

Y sentí, con un escalofrío, que era como haber penetrado otra vez en el pasado. Donde las gentes ya no existían. Donde todo era sombras...

CAPÍTULO IV

Jonathan Stanley Webb.

Era su nombre completo. Figuraba en la tarjeta d visita. Debajo, había una aclaración concreta:

Periodista.

Y el nombre de un prestigioso, aunque sensación: lista diario de la capital londinense.

Alcé mis ojos de la tarjeta. Me quedé mirando a su visitante.

—Bien —dije—. Espero que me explique todo esto. La razón de su llamada, de su visita... Todo, en suma.

—¿Necesita explicación, señor Sanders? —bromeó el, irónico.

—Sí —afirmé—. Necesito explicación. En realidad necesito muchas explicaciones.

—¿Sobre qué?

—Usted ya lo sabe, Webb.

—Es verdad —asintió—. Creo saberlo.

—¿Cómo lo supo?

—Por el manuscrito.

—El manuscrito... —me estremecí—, ¿Lo tiene usted?

—Tengo una copia —sonrió—. La recibí en casa hace poco. La he devorado, señor Sanders. Es fascinante.

—Sí, comprendo que le resulte fascinante. Para mí, e¿ horrible.

—También lo comprendo. ¿Tiene usted el original?

—Lo tenía. Me lo robaron violentamente. Fui agredido en mi domicilio.

—Si quiere una copia...

—No, gracias. La hice previamente, por lo que puñera suceder.

—Es precavido, ¿eh?

—Mucho. ¿Cómo recibió usted la copia?

—En un sobre vulgar. Llamaron al timbre. Acudí. El sobre estaba en mi buzón. Lo abrí y leí algo del texto original. Me asombró. Es... es un fraude colosal. O una pieza única. Pero lo valioso es el original.

—¿Se lo han ofrecido?

—Sí. Una nota iba con la fotocopia. Me ofrecen el original en una suma respetable.

—¿Cuánto?

—Veinte mil libras esterlinas.

—Es mucho —silbé.

—La historia de Jack el Destripador, vale mucho mas—sonrió Jonathan Stanley Webb.

—Especialmente para su abuelo, ¿no?

—Mi tío abuelo, exactamente —rectificó con tono apacible mi visitante—. Mi tío abuelo Jonathan Webb, inspector de Scotland Yard, tenía una hermana y un hermano. Ella se casó con Dennis Stanley. De ellos nació un hijo. Y yo de éste. Pero en el fondo, soy un Webb. Me fascina el Destripador, porque siempre me dolió el gran fracaso que obligó a mi tío abuelo a retirarse de la policía.

—¿Va a pagar esa suma por el manuscrito?

—Yo, no. El diario, posiblemente.

—¿No le basta la fotocopia?

—No es completa. Le falta una parte importante: el final. Quiero la historia completa. Y mi periódico también.

—Pero usted ya sabe quién era el Destripador.

—Sí, eso es obvio. No basta, sin embargo. Mucha gente no lo aceptaría. Querrán toda la historia. El metido, la razón definitiva por la que, tras matar a Marie Kelly, su sexta víctima, el Destripador desapareció para siempre sin dejar rastro... Eso es lo que nos importa.

—Yo tengo toda la historia —dije amargamente.

—Podemos pagarle una buena suma. Pero usted no necesita dinero. Y en cambio, el que le robó ese documento, parece que lo hizo por ganar una suma importante en libras...

—Sí, eso parece —me incliné hacia él—. Pero... ¿y si hubiera algo más?

—¿Algo más? ¿Qué quiere decir? —pestañeó.

—Un crimen, por ejemplo.

—¿Un crimen? —él rió de buena gana—. Ya hubo bastantes, ¿no cree?

—No hablo de esos. Hablo de un crimen en especial, cometido ahora.

—¿Ahora? ¿Por quién?

—Aparentemente... por el Destripador.

—¿Se ha vuelto loco...? —aulló Jonathan Stanley Webb—. ¡Hace ochenta años de esos crímenes del Destapador! Nadie sobrevive ya a esa época... Bueno, miento. Pero casi nadie...

—No importa. Aun así, se ha cometido el... ¿Como dijo usted, Webb? ¿Sobrevive alguien?

—Un solo hombre, que yo sepa.

—Imposible. Será... será muy anciano...

—Un anciano, pero no exageradamente viejo tampoco. Hablo de Cyril Compton.

—Cyril Compton... Me suena ese nombre.

—Es escritor, investigador, criminólogo aficionado... Su primer trabajo, precisamente, fue a los dieciocho años. En plena época del Destripador...

—Dieciocho... Entonces, tiene... noventa y ocho.

—Exacto. Noventa y ocho años. Se mantiene lúcido, pero no puede decirse que sea ya un hombre demasiado eficaz para sacarle nada en limpio. Por entonces, trabajaba en Whitechapel, como mozo de mercado y mataderos. En sus ratos libres, estudiaba para periodista. Luego, optó por escribir ensayos, libros... Ahora es alguien. Vive retirado de todo. Y sabe mucho sobre el Destripador..., menos su identidad, claro está.

—Ya. ¿Por qué habló de él, Webb?

—Conoció a mi tío abuelo, incluso fue interrogado por él, como sospechoso. Cuando recibí parte de ese manuscrito, le telefoneé. Me dijo que gustosamente examinaría el texto, antes de considerar si valía la pena hacerlo público. Según él, podía ser apócrifo.

—Dudo que lo sea. Lo hallé entre las cosas de mi abuelo Lyman —suspiré—. Yo también me resisto a pensar que él fue el Destripador, pero... hay que rendirse a la evidencia. Los detalles son abrumadores, la letra es la suya... Tendría que ser una colosal falsificación. Y ahora, no tiene objeto, aunque haya quien pide veinte mil libras por ella... Pudieron elegir a cualquier otro sospechoso, no al doctor Lyman Sanders.

—Usted habló de... de otro crimen —jadeó de repente Webb, sin quitarme los ojos de encima.

—Exacto —afirmé—. Otro crimen.

—¿Ahora...?

—Ahora. Hoy mismo.

—¡Hoy! —apretó los labios, trémulo.

—Una mujer joven, atractiva. No una mujerzuela de suburbio como entonces. Pero no lejos de Whitechapel. Degollada. Acuchillada, mutilada, cosida a impactos de arma blanca...

—Dios mío... —pestañeó, con expresión alucinada—, como entonces...

—Igual que entonces. Como si no hubieran pasado ochenta años...

—Pero pasaron, Sanders, pasaron. No pudo ser el Destripador.

—Eso es lo que dice la lógica. No pudo ser él. Pero entonces, ¿quién? ¿Por qué?

—Y... ¿quién es la chica?

—Sue Lane. Estaba a mi lado cuando apareció el manuscrito. Fue la única que pudo informar al ladrón. Luego, cuando busqué su confesión... la hallé muerta.

—¿Dónde?

—En la oficina donde trabajaba. Era un espectáculo horrendo.

—¿Lo informó a la policía?

—No. No me decidí. Dejé todo tal como estaba.

—Eso puede hacerle reo de complicidad, o de ocultar pruebas a la ley... —avisó Webb, ceñudo.

—Ya lo sé. Correré el riesgo.

—¿Por qué? Usted es hombre de posición, de honorabilidad intachable. ¿Qué riesgo corre con eso?

—No lo sé —me encogí de hombros—. Fue algo instintivo. De repente, tuve miedo.

—Miedo, ¿de qué?

—Quizá fue el manuscrito, acaso los últimos sucesos... No sabría explicarlo.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Tampoco lo sé. Estoy en un callejón sin salida.

—¿Le asusta el influjo de la culpabilidad de un antepasado suyo, tal vez?

—Tal vez sea eso, sí. No me atrevería a negarlo.

—Usted no parece un hombre impresionable.

—Y no lo soy, pero... —me encogí de hombros—. No sé... Ocurre algo. Algo anormal, diabólico. Algo cae no sé lo que es, pero que

está cerca, mucho más cerca que un simple manuscrito de hace ochenta años.

—Todos actuamos influidos por el pasado —sentenció Jonathan Stanley Webb, ceñudo—. Mi propio tío abuelo, con su complejo de fracaso ante el siniestro Jack... Me gustaría romper ese maleficio familiar. Por eso estoy dispuesto a dar ese dinero en nombre de mi periódico. Lamento que su abuelo, el doctor Sanders, sufra las consecuencias, pero si él fue culpable, ya es hora de que se sepa...

—Usted tiene razón, pero hay algo que me preocupa más, porque es el presente y no el pasado: ¿quién mato a Sue Lane esta tarde, en la City?

No sé si Webb, el joven reportero Webb, me hubiera respondido algo. Lo cierto es que en ese instante sonó el teléfono de nuevo. Lo descolgué.

—Aquí Sanders —dije, escueto, en guardia—. ¿Quién llama?

—Soy Hamilton Dexter, su abogado —sonó una voz afable, familiar.

—¡Dexter...! —exclamé gratamente sorprendido—. ¿Qué hay de nuevo? ¿Algo relacionado con los negocios?

—No, no, Neville —negó él—. Se relaciona con algo peor. Su hermano.

—Mi... ¿qué? —indagué, perplejo.

—Su hermano, Neville. No puede haber olvidado que tiene un hermano. ¿O sí lo olvidó?

—En parte solamente. Hay un bohemio Sanders que anda por Europa, sin rumbo fijo. ¿Le ha sucedida algo, tal vez?

—Le ha sucedido algo, pero no lo que pueda usted imaginar. Su hermano Richard Sanders se ha escapado.

—¿Escapado? —gruñí—. ¿De dónde?

—De un lugar donde estaba recluido, naturalmente.

—¿Una penitenciaría? —me estremecí.

—No —negó Dexter—. Un manicomio.

—¿Qué?

—Una clínica para enfermos mentales, Neville. Lamento informarle de esto, pero Richard padece esquizofrenia peligrosa, acaso homicida... Estaba recluido en Francia. Escapó hace pocos días... Nadie sabe su paradero, y temen que haya vuelto a Inglaterra. Es peligroso, Neville. Pudiera ser una tara familiar. Han alertado a la policía, por si acaso... y yo he pensado en avisarle a usted.

—Gracias —dije roncamente—. Gracias, Dexter... Mi hermano... mi hermano, ¿pudo haber llegado ya a las islas?

—Por supuesto. Puede llevar ya ahí algunas fechas... Esté alerta por si aparece en casa. Si es así, no dude en avisar a la policía cuanto antes.

—Esté seguro. Así lo haré —prometí, colgando, añadí, para mí, en un murmullo—: Esquizofrenia peligrosa... acaso homicida... Una tara familiar...

—Perdón —terció Webb—. ¿Decía?

—No, nada —rechacé vivamente. Tomé la botella de brandy. Le invité—: ¿Una copa, Webb?

—Sí, gracias. No mucho...

Entonces llamaron a la puerta con energía. Le serví copa. Nos quedamos mirándonos mutuamente. Luego, hubo un silencio tenso. Y se repitió la llamada. Hundí mi mano en el batín, apretando la culata de la pistola. Me incorporé. Acudí a la puerta.

—Cuidado —avisó Webb—. Pueden atacarle otra vez...

—Descuide —repliqué—. Ahora estoy sobre aviso... Llegué ante la puerta. Abrí, prevenido.

—Buenas noches —saludó mi visitante—. Usted es Neville Sanders, ¿verdad?

—Exacto —afirmé—. Soy Neville Sanders. ¿Y usted?

—Superintendente Wilfrid Mills, de Scotland Yard. —Vaya, qué sorpresa... ¿A qué debo el honor de visita?

—Lo lamento, señor Sanders, pero vengo a arrestarle. Está acusado en principio del asesinato de la señorita Sue Lane, en la Inmobiliaria City Incorporated...

* * *

—Yo no maté a Sue Lane, superintendente.

—Eso es lo que usted afirma. Siempre se dice igual.

—Es posible. Pero en mi caso, es la pura realidad. Estaba ya muerta cuando la hallé.

—¿De modo que reconoce haberla hallado?

—Por supuesto.

—Entonces, tuvo que entrar en las oficinas... violentamente.

—Así es. Entré violentamente.

—¿Y halló muerta a la muchacha?
—Muerta. Destrozada a cuchilladas. Rodeada de sangre...
—Si fue así, su obligación era avisar a la policía señor Sanders.
—¿Después de violentar la entrada?
—Sí. Fuese como fuese. Por otro lado, ¿qué le impulsó a ir a la empresa, a mentir al telefonista, a entrar por la violencia? Todo eso carece aún de explicación lógica...
—Referírselo va a ser muy duro para mí —advertí.
—Lo será más, si no me lo dice. Y aun así, no le prometo nada. Usted es el sospechoso principal, ya esta avisado.
—Entiendo eso, superintendente. Acepto mis responsabilidades. Cometí errores. Pero no maté a nadie.
—Eso debo decidirlo yo. O, en su caso, los jueces Old Bailey, señor Sanders. Su fortuna personal no le pone a salvo de la justicia. ¿Por qué buscó a Sue Lane, incluso apelando a la violencia? ¿Por qué silencio su macabro hallazgo, suponiendo que no fuese culpable?
—Creo que tendré que explicárselo —suspiré.
Y se lo expliqué.

* * *

—De modo que le robaron el manuscrito apenas iniciada su lectura...
—Sí —afirmé—. El periodista Webb, descendiente de antiguo policía de Scotland Yard, de la época del Destripador, podrá confirmarle tal cuestión.
—Y usted no terminó de leer el texto...
—No —añadí luego, fríamente, mintiendo con cinismo. No tenía forma de hacerlo, robado el documento. Nunca sabré si era una falsificación o un documento autentico.
—Nadie se arriesga a robar falsificaciones. Y menos matar a la mujer que, posiblemente, le informó de la existencia del manuscrito —señaló el superintendente Mills, reflexivo. Me miró, desconfiado—. ¿No piensa usted lo mismo?
—Sí —admití—. Creo que eso da fuerza a la posibilidad de que el documento sea real.
—En cuyo caso... un antepasado suyo fue Jack el Destripador.
—Lamentablemente, así es —admití.

El policía me contempló en silencio. Fumó, antes de añadir, pausado:

—Es noticia que no podremos evitar que se haga pública, Sanders.

—Lo temía —asentí, frunciendo el ceño.

—Especialmente, habiendo por medio un reportero como Webb, que posee una copia, aunque incompleta, de ese manuscrito...

—Creo que eso importa ya poco. Es una vieja historia. Los que la vivieron no sufrirán demasiado con ella. Lo peor es lo sucedido ahora. La muerte de esa chica...

—¿Por qué pudieron matar a Sue Lane? —indagó el superintendente Wilfrid Mills.

—No lo sé. Yo buscaba a través de ella a la persona que me agredió en mi casa para robarme el manuscrito original, hallado en mi casa de Hanbury. Y la encontré muerta... Como si el propio Destripador hubiese cometido el crimen,

—Pero usted sabe que los muertos no resucitan. Y el Destripador está muerto.

—Si —suspiré—. Mi abuelo Lyman está muerta...

Hubo un silencio embarazoso. El policía meditaba en silencio. Luego se incorporó, paseando por su despacho de New Scotland Yard. No me miró al hablar

—Se dice que, a veces, se hereda el instinto criminal Como una tara familiar.

— ¿Supone que yo heredé el morbo de mi abuelo, el doctor Sanders? —dije, burlón.

—No he dicho eso.

— Pero lo ha sugerido. Si mi abuelo era el Destripador, lo demás resulta obvio.

—Le repito que usted es el sospechoso ideal. Su modo de penetrar en las oficinas, el no revelar su hallazgo... el haber ido buscando a Sue Lane... todo coincide. Si añade a eso el manuscrito, el impacto mental que pueda haber producido en usted la noticia de la identidad real del Destripador... todo eso, fatalmente, puede formar un rompecabezas donde se unan todas las piezas, Sanders.

—Admito que su teoría tiene visos de verosimilitud. Pero no es cierta. Soy inocente, se lo juro.

—Necesitará probarlo. Y la mejor manera de hacerlo, es apareciendo el auténtico culpable... —el superintendente Mills

sacudió la cabeza, malhumorado—. Diabla, no me gusta este asunto. Ahora imagino lo que pensarían entonces mis viejos colegas, Abberline, Webb y los demás...

Sonó el teléfono. Descolgó, escuchando algo. Me miró, con ceño fruncido. Al colgar, sus palabras me revelaron lo que le habían informado por el hilo telefónico:

—De modo que tiene un hermano desequilibrado... —murmuró.

—Sí —suspiré—. Richard. No sabía de él hasta hoy. Mi abogado me contó lo de Europa...

—Ha escapado de un sanatorio francés, un centro psiquiátrico. Es un enfermo mental, ¿lo sabe?

—Ahora lo sé. Nunca tuve muchas noticias de él ni de sus andanzas. Mi padre no hablaba casi nunca de Richard, desde que dejó Inglaterra.

—Es otra teoría —murmuró—. Un nieto de Lyman Sanders, igual que usted. Y con un desequilibrio psíquico. Puede estar ya en Londres. Pudo robarle el manuscrito, ser el asesino de Sue Lane... Pero naturalmente, es sólo una posibilidad más. Ni siquiera puede estar seguro de que conociera la existencia del manuscrito, el papel de la chica de la inmobiliaria en el hallazgo del documento escondido en el viejo maletín del desván... ¡Es para volverse loco, Sanders!

Asentí. En ese punto, estaba de acuerdo con él.

Le vi escribir algunas notas y entregarlas a un policeman uniformado al que llamó a su despacho. Luego, habló por teléfono con uno de los departamentos del centro policial londinense, se retrepó en su asiento y me miró, reflexivo.

— ¿Qué opina usted de Sue Lane? —fue su pregunta inicial.

Me encogí de hombros. Sonreí.

—Era una rubia muy atractiva. Pero nuestra relación fue sólo de negocios. Parecía muy seria, muy metida en su trabajo...

—Se equivoca en algo, Sanders. Esa chica... bueno, no se diferenciaba gran cosa de las víctimas del Destripador, en cierto aspecto.

— ¿Qué? —le miré, realmente sorprendido—. No querrá decir que ella era...

— ¿Una cualquiera? Casi, casi. Casada y separada de su marido... que era cirujano.

—Cielos... —me quedé sin aliento.

—Hasta eso coincide, ¿no? Pero lo cierto es que vivía con amigos frecuentemente. Amantes temporales. Hace poco que tomó el trabajo en la inmobiliaria. Si suponemos que el criminal actuó por odio a cierta clase de damas, como su abuelo, eligió bien la víctima. Ella no era una muchacha honesta, aunque lo pareciese.

La noticia me había sorprendido enormemente. Ya eran demasiadas coincidencias con la vieja, sangrienta y terrible historia. Pero como él decía, los muertos no vuelven de la tumba. Jack el Destripador, estaba muerto. Era la única verdad del asunto. Aunque a veces uno empezara a dudarlo...

—Puede volver a su casa, Sanders —prosiguió Mills, mas una pausa meditativa—. No le retengo más aquí por el momento.

— ¿No va a detenerme?

—Por el momento, no. Quiero ahondar en la vida privada de esa mujer, Sue Lane. De todos modos, no se ausente de Londres. Quiero tenerle siempre a mi alcance cuando le necesite. No deja de ser, junto con su hermano Richard, a quien he dado orden de buscar, mi sospechoso ideal por el momento. Pero eso es todo.

—En cierto modo, es un alivio —suspiré—. Hasta otra, superintendente.

—Hasta pronto, Sanders —se despidió Mills, significativo, por si me hacía demasiadas ilusiones de perderle de vista por un amplio espacio de tiempo—. Y tenga cuidado. No me gustaría que, si es inocente, hiciera de detective por sí mismo. Eso sólo da resultado en las novelas baratas y en los programas de televisan...

No comenté nada, abandonando el despacho y, con él, el recinto de New Scotland Yard. Regresé a casa

Estaba ansiando leer la última parte del manuscrito de mi abuelo, Lyman Sanders.

Y esa noche, hasta el momento de dormirme, dediqué a él mi atención, tratando de olvidarme de todo demás, incluido mi comprometido papel en aquel nuevo crimen, digno de la serie sangrienta del Destripador.

El relato, proseguía con el último asesinato de Jack, el Destripador. La muerte de su sexta víctima. Marie Kelly. El más bárbaro y terrible de todos sus crímenes, aquel en que más se ensañó con su víctima, hasta unos límites inhumanos...

Ese fue el crimen de Miller's Court.

Y ocurrió aquel nueve de noviembre de 1888...

CAPÍTULO V

«Ha sido en el número 13 de Miller's Court.

Un lugar lóbrego y angosto, dentro de un patio que da a la calle Dorset. El inspector Beck, de Scotland Yard, acompañado de mi inefable adversario, Jonathan Webb, ha acudido recientemente a ver la víctima en lugar del suceso. Les he podido ver desde mi carruaje al pasar por allí, entre la multitud atemorizada, sin ser importunado por nadie.

Anoche terminé con ella. Es la última de la lista. Marie Kelly. La peor de todas. La mujerzuela más joven de las seis. También la más vil. Siempre he pensado que fue ella. Pero tal vez me equivoque. Por eso termine con las demás. Eran todas. Una de ellas fue. De modo que hice justicia, sin lugar a dudas.

Era atractiva, sin duda. Con el atractivo diabólico de las mujeres de su especie. Marie Jeannette Kelly era su verdadero nombre. Era agresiva, desafiante. Disfrutaba siendo lo que era. Repugnante.

Quizá por ello me ensañé más. O porque mi instinto me decía que fue la principal responsable. Lo cierto es que el aspecto de la habitación donde la han encontrado destrozada, no habrá sido muy agradable para los policías... Me imagino el rostro de ese estúpido de Webb, y me causa risa la idea.

Mane Kelly era irlandesa. También bebía mucho. Como todas. Y llevaba una vida vergonzosa, de calle en calle durante toda la noche. Ya terminó su triste carrera.

También ha terminado la mía. Está cumplida la tarea. Todo hecho. La persona que murió por culpa de una de esa seis mujeres —o por la de varias de ellas o quizá por la de todas—, está vengada cumplidamente. Espero que descanse feliz en su tumba. Mi pobre hermano... Duerme tranquilo tu sueño eterno. Tu enfermedad repugnante la que destrozó tu juventud para siempre, y con ello tu existencia, haciendo de tu cuerpo un inmundito vertedero, ha sido ya purgada por las responsables.

Aquí termina la carrera de Jack el Destripador. Las historias fantásticas que corren de boca en boca, la publicación espectacular

de mis numerosas y burlonas misivas a Scotland Yard, en especial a Jonathan Webb que se desespera buscándome de sitio en sitio, a través de Londres, sin tener otra cosa que fracasos, han hecho una aureola extraña e irreal de mi persona. Eso me ha divertido, en cierto modo. Pero acabó el juego,

Mis seis crímenes quedan en la impunidad. Jamás, nadie, sabrá quien ha sido realmente el asesino misterioso de Whitechapel, el hombre que se ganaba la confianza de sus víctimas, acompañándolas a los lugares donde eran ejecutadas inexorablemente... ¡Qué gesto de enorme asombro, de incredulidad sin límites, el de todas esas desgraciadas fulanas cuando veían que era yo, PRECISAMENTE YO, en quien tanto confiaban, del que jamás hubieran recelado cosa alguna, a quien pedían precisamente compañía y protección durante las noches aterrorizadas de Spitalfields y de Whitechapel, la persona que las eliminaba, escabullándose luego en la noche, protegido por la niebla, por la estupidez de los policías, por el temor mismo de las gentes, estremecidas de pavor ante la sola posibilidad de saberse cerca de Jack el Destripador!

Sí. Ha sido mía divertida historia. Me han culpado de muchísimos otros crímenes en los que no tuve arte ni parte. Obra, todos ellos de gente vulgar o salvaje, de auténticos asesinos sin cerebro ni inteligencia.

No importa. Yo solamente he cometido seis crímenes, y de ellos responderé ante quien sea, si un día me piden explicaciones por ellos, en ésta o en otra vida.

Aquí termina mi manuscrito. Lo guardo celosamente. Quizá lo destruya cuando vea llegar mi muerte. No quiero que mi familia, mi esposa, el hijo que está a punto de nacer, sepan nada de ello. No merece la pena. Sólo serviría para salvar de la horca a un inocente, pero no creo siquiera que esos imbéciles sean capaces de arrestar a nadie, atreviéndose a culparle de mi obra. Les falta valor, decisión, pruebas...

No. No será preciso utilizar jamás este manuscrito. Lo destruiré un día. Mientras tanto, alguna vez lo releeré, para revivir, jomada a jomada, esas fechas imborrables de mi vida. Cuando el doctor Lyman Sanders fue, para todo Londres, un fantasma sangriento y terrible, llamado Jack el Destripador.

Este es el fin de todo. De mi obra. Y de mí desconocida personalidad.

Firmado: LYMAN SANDERS, doctor en medicina y cirujano. Alias... Jack el Destripador.»

Allí terminaba el manuscrito.

* * *

—Es horrible —tiró a un lado los ejemplares de los diarios londinenses de la mañana—. Como una pesadilla, Neville...

—Exageran, de todos modos —señalé los titulares—. Lee eso, Hazel: « ¿VUELVE EL DESTRIPIADOR?» O ese titular, idea de Webb, el reportero: «PRONTO, SENSACIONALES REVELACIONES EXCLUSIVAS. EL MANUSCRITO DEL DESTRIPIADOR, TAL VEZ VEA LA LUZ MAÑANA MISMO. TODO LONDRES SABRÁ LA INCREÍBLE HISTORIA DEL ASESINO DEL PASADO SIGLO. DE MOMENTO... OTRO CRIMEN PARECIDO. ¿EXISTE UN HEREDERO DEL CRIMINAL MAS FAMOSO DE LA HISTORIA?» Está lleno de mala fe. Se refiere a mí, Hazel.

—O a tu hermano Richard... He leído algo que ha dicho Mills, el superintendente, en uno de los periódicos, y que ha repetido también en la televisión. Un evadido de un manicomio de Francia, puede hallarse en Londres. No citó su nombre, pero dijo que era descendiente de un asesino que, tal vez, fue el propio Destripador. Sacudí la cabeza, enfáticamente. Miré a Hazel con torva expresión.

—Así están las cosas —convine—. El nombre de la familia, por los suelos. Es un desastre, pero no voy a rasgarme las vestiduras. No tengo culpa del pasado de mis antecesores. Ni de lo que ellos hicieran, por supuesto...

—Por supuesto, Neville. De cualquier modo, si puedo ayudarte...

—Gracias, Hazel —sonreí, forzado—. Me ayudarás, si no hablamos más de esto en toda la mañana. Iremos a comer a alguna parte, y luego te dejaré en la BBC. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y prohibido hablar del caso. Tanto para ti, como para mí...

—Trato hecho —reí, más animado.

Y nos encaminamos a un restaurante tranquilo, en Paddington, donde almorzar lejos de las noticias de los periódicos, lejos de toda

persona conocida que pudiese mencionar el desagradable tema que volvía a ser actualidad en la ciudad, después de casi un siglo. Pero la tranquilidad no iba a durar demasiado, aunque la verdad es que ello no me sorprendió en exceso. Algo me decía que se aproximaban acontecimientos desagradables. Y mi instinto no me engañó.

* * *

Dejé a Hazel en la entrada del moderno y gran edificio de la British Broadcasting Corporation, destinado a las emisoras de radio y televisión. Ella tenía en breve su programa especial de cada día, y su bonito rostro debía aparecer poco después en todas las pantallas de la ciudad. Creo que nadie le hubiera perdonado a la BBC que se lo escamotease ni siquiera una sola vez.

—Te veré a la noche, Neville —dijo ella, reteniendo mi mano, y mirándome fijamente, con un brillo amoroso en sus verdes ojos rasgados—. Cuídate mucho.

—Estaré en casa cuando vayas. Y es posible que vayamos a algún teatro, a divertirnos un poco.

—Será estupendo, Neville —aceptó Hazel, complacida—. Hasta luego.

Me alejé, regresando a mi automóvil. Lo puse a marcha, de regreso a casa. No pude evitar que los titulares de los diarios vespertinos, en su primera edición saltaran ante mis ojos, desde los puestos de periódicos. Insistían en el tema. El asesinato de Sue Lane era el asunto del día.

Uno de ellos, incluso, aventuraba que un conocido ciudadano londinense, de buena familia, de posición brillante, social y económicamente hablando, estaba mezclado en el asunto, y había sospechas sobre él. En obvio que se referían a mí.

Cuando llegué a casa, Arthur, mi mayordomo, me informó:

—Tiene una visita, señor.

— ¿Una visita? —enarqué las cejas, sorprendido—. No tengo deseos de ver a nadie.

—Lo sé, señor. Pero el visitante dijo que... que usted le recibiría, porque tenía algo que ver con una mujer llamada... Sue Lane.

Fruncí el ceño. No me gustaba el asunto. Fui al gabinete. Allí

esperaba el hombre, en pie ante la ventana, dándome la espalda. Observé su aspecto. Vestía bien, pero no era de muy elevada posición social.

—Creo que quería verme —dije fríamente.

Se volvió, mirándome. Era joven, de facciones rudas y ojos estrechos. Parecía un deportista. Tenía manos anchas y fuertes. Me tendió una de ellas, y fingí no verla.

—Mi nombre es Baker. Alec Baker —se presentó.

—Creo que nunca oí su nombre, antes de ahora —me mantuve en mi tono frío, seco.

—Yo... yo era amigo de Sue Lane. Amigo, ¿entiende? Muy íntimo... Entorné los ojos. Le miré con la misma frialdad. Pero interesado.

— ¿Por qué ha venido? —repliqué—. Yo nada tenía que ver con... su amiga.

—Hay quien dice que usted pudo haberla matado —replicó él, apretando los puños.

—Le mintieron. Buscaba a Sue Lane para que me pusiera en claro un oscuro asunto. Eso fue todo. La hallé muerta, eso sí. No fue agradable para mí.

—Ni lo ha sido para mí, señor Sanders. Ella... ella era una buena chica. Algo ligera, pero buena chica —hizo un gesto expresivo—. Si encuentro al que la mató, le haré pedazos.

—Si ha venido con esa idea, equivocó su destino. Yo no le causé daño a la muchacha.

—Ya lo sé —suspiró él.

— ¿Lo sabe? —enarqué las cejas—. ¿Por qué está tan seguro ahora de eso?

—Ya pensé en ello antes. Usted la conoció casualmente, en la inmobiliaria, me lo han dicho. Sue era confiada con la gente. Debí meterse en algún lío. Me dijo hace poco que iba a sacar mucho dinero pronto. Que podríamos vivir muy felices los dos con la suma que obtendría de alguien...

— ¿No le dijo cómo la iba a obtener y de quién?

—No, no lo dijo —rechazó él vivamente—. Le insistí sobre ello, pero lo eludió, con evasivas irónicas.

—De modo que no sacó nada en limpio.

—No, nada. Pero usted tiene fortuna, es un hombre de posición... y he pensado que acaso pudiera ser usted quien ella pensaba que iba

a proporcionarle ese dinero.

— ¿Por qué yo?

—Bueno, ella... ella tenía en su casa una agenda el último día que la vi. Leí algunas páginas antes de que me la quitara. Su nombre, señor Sanders, figuraba en una página.

—Posiblemente lo obtuvo en la empresa donde trabajaba. Yo tenía un negocio con ellos, sobre la compra de una casa, y ella se ocupaba del asunto...

—Sí. Era decoradora, tenía ideas sobre turismo y cosas así... Sheila tampoco sabe nada. O lo finge, cuando menos.

— ¿Sheila? —fruncí el ceño—. ¿Quién es ella?

—Una amiga suya. Compartían un apartamento, antes de... de unirnos ella y yo en otro departamento, señor Sanders. Sheila Kent era su mejor amiga. Tampoco demasiado... es... honesta, la verdad. Es modelo, sale con clientes de edad... Ya me entiende usted.

—Sí, ya le entiendo. ¿Por qué tenía que saber ella algo sobre el asunto de Sue?

—Se veían con frecuencia, se contaban sus cosas... Es más, a veces pienso si no sería Sheila misma quien le puso en contacto con la persona con quien ella pensaba hacer su supuesto negocio...

— ¿Dónde trabaja Sheila Kent? —me interesé.

—En Regent's Room. Un local para exhibición de modelos. Si piensa verla, no se finja usted un pobre diablo. El dinero y la posición social la vuelven loca.

—Lo preguntaba solamente por curiosidad —repliqué secamente—. No tengo nada que ver en el asunto. Me mezcló en ello una casualidad desagradable. Si no tiene más que decirme, señor Baker...

—No, nada más —negó él, algo decepcionado—. Si me necesita, cuente conmigo. Aquí tiene mi tarjeta.

—No creo que le necesite en absoluto —dije, hostil.

Baker se ausentó, molesto. Yo me quedé solo. Miré la tarjeta. Me erguí, con cierta sorpresa, al leer su contenido.

ALEC BAKER

ACRÓBATA DE CIRCO

LANZADOR DE CUCHILLOS

Y concluía con una dirección: Alágate, Whitechapel...

* * *

Sheila Kent era más rubia que Sue Lane. Artificial, por supuesto. Lo único que no lo era eran sus formas. Al menos, así lo probó al exhibirse en bikini, por la pasarela del Regent's Room. Desde su busto a sus caderas, pasando por el resto de su formidable anatomía la rubia Sheila Kent era un prodigio de generosidad de la madre Naturaleza. Y ella lo sabía.

Sonreía a todos los caballeros que, embobados, acompañaban a sus viejas y ricas esposas a elegir todas las prendas que lucían las jóvenes modelos. El espectáculo habitual en tales sitios.

Cuando hubo terminado la exhibición me incorporé, encaminándome a las cortinas que conducían al interior del recinto, donde las modelos se cambiaban. La exuberante rubia ya se había fijado en mí. Yo hice todo lo posible para que así fuese.

Unas cuantas propinas generosas, me llevaron a su camerino sin muchas dificultades. No hay barreras que no derribe el dinero.

Ella salió a abrirme cuando yo llamé. Ya no llevaba el bikini, sino una bata translúcida. Y nada más debajo, salvo lo que la naturaleza le donó, que era suficiente. Me miró, sorprendida.

— ¿Qué hace usted aquí? —indagó—. Está prohibido...

—Lo sé —asentí—. Pero las prohibiciones se resuelven con facilidad, si hay dinero por medio.

—Dinero... —sus claros ojos brillaron interesados Evidentemente, era tema de su predilección—. Entiendo. ¿Qué desea de mí?

— ¿Usted qué cree, Sheila? El desfile de modelos me interesó poco. Sólo usted era importante allá fuera...

—Es muy amable —sonrió, con su boca carnosa, sensual.

—Solamente sincero. Me gustaría acompañarla a alguna parte, ahora que terminó su trabajo.

—Más tarde —sonrió ella—. Estoy comprometida.

— ¿No puede anularse ese compromiso? —sugerí.

—No. Ese, no. Le doy mi palabra. Si quiere, nos veremos esta noche. Antes de cenar.

—Convenido. ¿Dónde?

—Digamos que... en Liverpool Street. Paso allí unos modelos para

una firma extranjera. Eso es a las siete. A las ocho y media habré terminado. Liverpool Street, 122.

—Allí estaré —prometí, tomando su mano, que oprimí con fuerza—. No se arrepentirá, Sheila.

—Estoy segura de ello —sonrió, insinuante—. Me gusta usted. No sé por qué, pero... me gusta.

Cerró el camerino, no sin antes desprender, como al azar, su bata translúcida. La vi fugazmente, pero bastó, era todo un ejemplar de mujer espléndida y llamativa.

Salí de Regent's Room. Consulté mi reloj. Tenía tempo para hacer algunas cosas todavía, antes de acudir a la cita con Sheila Kent. Quizá estaba siguiendo una pista falsa, pero estaba decidido a dar con algo que me llevara a un posible motivo para la muerte brutal de Sue Lane, que no se relacionase con el manuscrito de mi abuelo Lyman. Quizá Alec Baker, el lanzador de cuchillos, tuviera razón. O quizá no, y estuviera jugando a desorientarme. De cualquier modo, era una posibilidad. Y la seguiría hasta el fin.

Al salir del local de modas, entré en una pub cercana. Pedí una cerveza y consulté la guía telefónica. Encontré el nombre de Cyril Compton, y su dirección. Poco después, dirigía mi coche hacia allá. Quería ver a Compton, el único superviviente de los tiempos de Jack el Destripador.

* * *

Cyril Compton.

Era como enfrentarse a una reliquia o a un fantasma. Noventa y ocho años bien llevados. Pero eran noventa y ocho. Casi el siglo. Cuando el Destripador aterrorizaba Whitechapel, él tenía dieciocho años. Y fue interrogada, como sospechoso, por el inspector Jonathan Webb, de Scotland Yard.

—Sí —afirmó el hombre de escaso cabello ralo, blanquecino, piel rugosa, ojos estrechos y perdidos entre un amasijo de amigas, bajo los párpados caídos—. Sí, señor... Yo soy el mismo Cyril Compton de quien se dijo que podía ser el Destripador en persona. ¡Qué gran tontería! Jonathan Webb era un policía fornido y obstinado, pero bastante imbécil el pobre...

Sonreí. En eso, estaba de acuerdo con el propio Jack. Con mi abuelo

Lyman, en suma.

—Es posible que en breve tiempo se sepa quién fue el Destripador, Compton —dije.

— ¿De veras? —me miró, sacudiendo dubitativo su cabeza. Llevaba un aparatito transistorizado, junto a la oreja izquierda. Evidentemente, estaba sordo. Y no veía bien. Le oí reír entre dientes —. Lo dudo mucho, joven amigo. Dudo que nadie pueda saber ya, jamás, quién fue aquel monstruo...

—Hay un manuscrito.

— ¿Un... qué?

—Un manuscrito, un documento. Las memorias auténticas del Destripador. Y firma con su nombre...

—Paparruchas —rechazó vivamente Compton—. He leído varios de esos documentos «auténticos» durante mi vida. Casi siempre era lo mismo: la obra de un chiflado o la de un desaprensivo, falsificando un viejo documento. No es difícil falsificar, haciendo parecer viejo de siglos un papel escrito hace sólo unas horas. Conozco a un tipo, precisamente en Spitalfields, que hace eso como un maestro consumado, amigo mío. Un tal Smithy, que...

—Esta vez es diferente —corté sus divagaciones. Respiré hondo. Y me decidí—: ¿Conoció usted a un hombre llamado Lyman Sanders?

— ¿Lyman... Sanders? —repitió vagamente. Cerró sus ojos—. Me suena, me suena... pero no logro recordar a nadie que... que... Espere, sí, creo que sí... No, cielos. Lo olvido todo tan fácilmente... Los años, ¿sabe?

—Era médico —le recordé—. Cirujano y...

—¡Eso es! —abrió de nuevo sus ojos, con algo de brillo—. ¡El doctor Sanders! Claro, ¿cómo pude olvidarlo? Un buen hombre, estimado de todos... Vivía en Spitalfields... Luego se fue a mejores barrios. Se hizo médico de la familia real, creo... Sí, sí, recuerdo al doctor Sanders. Attendía gratuitamente un dispensario para enfermos pobres, cerca del Mercado... A mí me atendió a veces...

—Era mi abuelo —le informé.

—Vaya... —me miró, no sé si viéndome o no. Alrededor nuestro, la habitación era humilde, sencilla pero limpia. Muebles antiguos, cortinajes, espejos dorados. Como si Cyril Compton viviera aún en el pasado. Había sido escritor de relatos novelescos durante años. Literatura barata. Ahora, ya no era apenas nada. Un hombre

demasiado viejo, muy cerca del fin—. Es un placer conocerle, joven... Un Sanders siempre es bien apreciado por mí...

—Gracias, Compton —me acerqué a él—. Tengo motivos para pensar... que mi abuelo fue el Destripador.

—¿El doctor Lyman Sanders? —se escandalizó—,
¡Imposible!

—No esté tan seguro.

—Repito: imposible, joven Sanders. Su abuelo no pudo ser Jack. No lo creería nadie. Todos confiaban tanto en él... Incluso las mujeres de peor vida...

—Por eso mismo. Recuerde que ellas, las víctimas, fueron confiadas con su asesino...

—Oh, pero eso fue al principio. Luego, con lo que se contaba, huían despavoridas de cualquier médico cirujano, incluso aunque fuese su amigo, como el doctor Sanders. No, no creo que ninguna fuese confiada con un cirujano. Ni con él, en especial en plena noche...

—A pesar de todo, Compton..., me temo que esté en un error. Fue él. Lo confesó en un escrito.

—No puedo creerlo —rechazó, sacudiendo la cabeza—. No, señor. En absoluto...

—Esperaba que usted pudiera ayudarme en algo —hablé.

—No hay nadie que pueda ayudarle en eso, amigo. Es demasiado antiguo todo. Sólo yo sobrevivo aún. Entonces, Cyril Compton era un joven mozo de mercados, de matadero... En mis ratos libres estudiaba para periodista, pero elegí los libros y los ensayos populares. Gané dinero. Bastante dinero. Eso me permite arrastrar dignamente mi ancianidad, muchacho...

—Sé su historia. Por eso vine. Entonces, escribió sobre el Destripador, a raíz de ser arrestado como sospechoso, por hallarle con un delantal ensangrentado, al salir de noche del matadero... Pensé que sabía mucho sobre él.

—Nadie supo nada sobre él. Jamás. Eran sólo deducciones, teorías... Nada formal ni serio. Yo mismo, inventaba más que conocía. Como todos. Me sorprende que usted crea... lo que ha dicho, Sanders.

—¿Qué motivo imagina que tuvo el Destripador para hacer lo que hizo? —indagué.

—También eso son... simples teorías. Había para todos los gustos. Desde la venganza al simple sadismo. Pudo ser cualquier cosa.

—Fue venganza —dije—. Por el final que tuvo un hermano suyo que murió enfermo a causa de mujeres como aquellas...

—Tal vez. Pero en ese caso, joven Sanders... ¿cómo puede usted asegurar que su abuelo... era el Destripador?

—Porque él refiere el hecho. El revela su motivo. —Es imposible. El doctor Lyman Sanders... NUNCA tuvo hermanos. ¿Cómo usted, que es de la familia, puede ignorarlo?

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

—¿De modo que no vamos al teatro, Neville?

—No, Hazel. De veras lo siento. He cambiado de planes. Tengo algo que hacer esta noche.

—No será con otra chica... —me señaló, maliciosa.

—No —mentí, pensando que era lo mejor—. Es otro asunto. No puedo dejarlo.

—Neville, no te habrás metido a detective otra vez.

—Bueno, estoy haciendo algunas gestiones, eso sí.

—Cuidado. Puede ser peligroso. El propio superintendente Mills te ha advertido de ello, ¿no es cierto?

—Más peligroso es pasar por sospechoso de asesinato —resoplé—. Si ayudo a encontrar al verdadero culpable, esa será la mejor prueba de mi inocencia, no te quepa duda.

—Puede suceder que lo encuentres... o que él té encuentre a ti. Y sería muy diferente.

—Sé lo que quieres dar a entender —sonreía—. No temas nada. No cometeré imprudencias, Hazel. Además, no es tan arriesgado. Busco indicios, no a un asesino, directamente.

—Bien... Tú sabrás lo que te conviene, Neville. De todos modos, cuidado.

—Lo tendré —prometí—. Palabra, Hazel.

La acompañé hasta su coche, aparcado frente a mi casa de Regent Street. Cuando Hazel se alejó en la neblina nocturna, regresé al interior de mi casa. El reloj del vestíbulo dio ocho campanadas. Debía apresurarme para encontrarme con Sheila Kent, la modelo rubia.

Todavía estaba sobre mi mesa la última edición del periódico londinense donde escribía el cerdo de Jonathan Stanley Webb, el descendiente del policía de Scotland Yard. El titular de la primera plana, era irritante:

«¿UN FAMOSO MEDICO CIRUJANO, DE PRESTIGIOSA FAMILIA, FUE REALMENTE JACK EL DESTRIPIADOR? PRÓXIMAS Y

SENSACIONALES REVELACIONES EN ESTE PERIÓDICO. J. STANLEY WEBB VA A REVELAR AL FIN LA SINIESTRA VERDAD DEL ASESINO DE WHITECHAPEL»

De modo que iban a comprar a alguien el manuscrito. Al hombre que me lo robó a mí. Era una vileza. Pero a fin de cuentas, me había hecho ya a la idea. Sólo que cuando encontrase de nuevo al reportero Webb, iba a hacerle una caricia en la cara, de la que difícilmente se olvidaría en toda su vida.

Por otro lado, tenía ante mí la desconcertante realidad, comprobada ya per medio de nuestro árbol genealógico. Lyman Sanders no tuvo hermanos. Ningún. Al menos, no oficialmente. Cabía la posibilidad de un hermano bastardo, un hombre sin el apellido Sanders, pero eso era todo.

La revelación de Cyril Compton me había desorientado. Ahora, estaba sumido en un mar de dudas y perplejidades. Pero ya todo eso del pasado, era secundario. Lo importante era lo que estaba sucediendo, el drama paralelo a la actualización del misterio eterno del asesino de Whitechapel, ochenta años atrás.

Sonó el teléfono. Lo descolgué, mientras cambiaba mis ropas para salir de casa.

—Sanders —dije—. ¿Quién llama?

—Soy yo, el superintendente Mills —sonó la voz del policía.

—Vaya... ¿Alguna noticia nueva?

—Sí. Y poco agradable para usted.

—¿Va a arrestarme ya, acusándome formalmente? —suspiré.

—No es eso. Se trata de Richard, su hermano Richard Sanders.

—¿Qué le sucede?

—Ha sido visto en Londres. En Spitalfields. Estamos vigilando la zona, para dar con él y detenerlo sin violencias.

—¿Está completamente seguro? —me estremecí.

—Sí, amigo mío. Completamente seguro.

—Entiendo. Espero que me informe si lo capturan... Tal vez haya ido a la vieja casona del abuelo Lyman...

—Tal vez. Lo he pensado ya, y tengo ese punto acordonado. Espero que todo salga bien. Es un enfermo, no un delincuente. Procuraremos no causarle daño alguno, esté tranquilo.

—¿Es todo, superintendente?

—Por el momento, sí. He recibido una confidencia de un diario local. Les han ofrecido el manuscrito del Destripador. Lo van a comprar, posiblemente hoy mismo.

—Lo sé. He leído la crónica de Webb.

—Créame que lo lamento. Webb tuvo un tío abuelo que fue un policía honesto, aunque estúpido. El, es más inteligente, pero infinitamente peor persona. Me gustaría verle fracasar en esto, pero no creo que tengamos tanta suerte. Su apellido va a verse en el fango, Neville.

—Estoy hecho a la idea, Mills —dije, colgando, con gesto pensativos. No perdí más tiempo, saliendo de casa, en busca de Sheila Kent. La calle Liverpool estaba situada en Bishopgate, precisamente en los límites de Spitalfields. La idea me inquietó. Richard, mi pobre hermano, deambulaba por allí. La policía, también. La casa del doctor Lyman Sanders se hallaba en esa zona londinense... Y allí ejecutó el Destripador a algunas de sus víctimas...

Muchas casualidades juntas. Y ninguna agradable.

Pero no había dónde elegir. Quería ver a Sheila Kent lo antes posible. La amiga de Sue Lane podía poner algo de luz en el asunto. Eso es lo que importaba ahora, no el manuscrito, ni el honor familiar, ni todas esas tonterías.

Estuve en escaso tiempo en Liverpool Street. A pesar de ello, llegué tarde. La gente salía ya del recinto destinado a exhibición de modas, en el 122. Era un negocio de peletería, en una planta alta. Subí. Encontré la puerta abierta, y los últimos clientes abandonando el lugar. Pregunté a un empleado uniformado con piel de ante.

—¿Sheila Kent? ¿La chica de pelo muy rubio y formas...? —hizo un gesto ampuloso, bien expresivo, que me hizo sonreír.

—La misma, sí.

—¡Uf, vaya cuerpo! Como modelo, no sirve gran cosa. Le falta elegancia. Pero cuando se pone a exhibirse... deja sin aliento a todos los caballeros presentes.

—¿Dónde puedo hallarla?

—No desfiló al final. Pero su camerino está al fondo, con los demás —recogió el billete de diez libras que le di, y me señaló al fondo, a un escenario con cortinas de pieles—. Pase adentro. No le detendrá nadie. Soy el único empleado que queda ya aquí...

Avancé, cruzando aquellas cortinas. Me encontré con chicas a

medio vestir, bastante delgadas todas, que se metieron en sus camerinos al verme. Detuve a una, que se cubría con una estola de visón.

—Busco a Sheila Kent, la rubia —dije.

—Ya se marchó. Por la puerta de atrás —señaló al fondo la modelo—. Dijo que esperaba a un amigo que se retrasaba...

—Era yo —expliqué—. Gracias, muchacha.

—Si se ha ido, yo puedo servirle —la oí decir a mi espalda, riendo. No la hice caso. Alcancé una puerta y una escalera que daba a una puerta trasera, asomada a un pasaje. Descendí. Sheila esperaría en aquel pasaje, sin duda. Eran solamente las ocho y treinta y siete minutos.

El pasaje tenía una luz sobre aquella puerta, pero alguien la había roto, y había una zona oscura, en la salida posterior de la peletería. Tropecé con algo. Maldije entre dientes, inclinándome y prendiendo mi encendedor. Toqué algo arrebujado en el húmedo asfalto.

La llama del encendedor reveló una mancha roja, viscosa y brillante, en mis dedos. Se me erizó el cabello. Miré ante mí. Al suelo.

La llama, vacilante a la húmeda intemperie de la noche londinense, me reveló la presencia del cuerpo femenino, turgente y espléndido, generoso de formas.

Sheila Kent se había quedado allí. Ya nunca se movería.

Le habían cortado la garganta de lado a lado. Tenía heridas profundas en su seno y abdomen. Como las víctimas de Jack el Destripador...

* * *

Naturalmente, había muerto en el acto. Sus claros ojos se desorbitaban, horrorizados. Quizá ni siquiera gritó. La técnica era igual a la del asesino de Whitechapel en el pasado siglo.

Todo debió ser rápido. Romper la bombilla, atacarla, asesinarla salvajemente...

Cosa de minutos. Mi demora fue fatal. Sheila Kent ya no hablaría. Ni de Sue Lane, ni de nadie. Recordé las palabras del lanzador de cuchillos, Alee Baker, el amante de Sue: «A veces me pregunto si no sería Sheila misma quien metió a Sue en ese asunto del que

esperaba sacar tanto dinero...».

Quizá tenía razón. O quizá él mismo se escondía tras aquellas muertes. Un lanzador de cuchillos, por fuerza ha de tener destreza con un arma blanca...

Me erguí, angustiado. Sacudí la cabeza, sintiendo el frío sudor bañando mi rostro, empapando mis manos... Otra vez. Otra vez la muerte...

—Dios mío... —musité—. Es como una pesadilla. Como si todo... volviera a ser igual que entonces...

De repente, roncó un motor en el acceso al pasaje. Me volví, rápido, pretendiendo escabullirme. No pudo ser.

Dos faros intensos cayeron sobre mí, violentamente, bañándome de luz. Procedían del automóvil que acababa de aparecer en la entrada del pasaje. Me volví, con ojos dilatados, mirando hacia allá, con una imprecación. Recordé que llevaba mi automática, llevé la mano al bolsillo, esperando luchar con algún asesino...

—Vaya, vaya... —dijo una voz helada, sarcástica—. De modo que Neville Sanders, nada menos. El descendiente del Destripador... convertido en asesino a su vez...

—¡Stanley Webb! —rugí con ira. Le miré, descompuesto—. Usted otra vez, maldito sea...

—Yo. Y muy a tiempo, para ser testigo de su nuevo crimen... —rió el periodista, con sarcasmo, contemplándome desafiante.

Hubiera querido destrozarle a golpes, pero no era el momento adecuado. Furioso, le miré fijamente, hablando desafiante:

—¿Qué es lo que piensa hacer ahora? ¿Avisar a la policía? —mascullé.

—Exacto —asintió, burlón. Y alzó algo en sus manos, con lo que me apuntó—. Pero antes... le fotografiaré en esta expresiva y trágica escena, Sanders...

Iba a tirar una fotografía con flash. Y yo no podía evitarlo, a menos que disparase mi arma contra él, cosa que no iba a hacer, ciertamente.

De súbito, una sombra emergió, a espaldas de Webb. Vi que algo caía pesadamente sobre su cabeza. Hubo un impacto seco, contundente. El flash no llegó a brillar. Con un gemido, la sorpresa y el dolor reflejados en su rostro, el periodista se derrumbó ante mí, quedando inmóvil, no lejos del cuerpo desgarrado y sangrante de

Sheila Kent.

—¡Pronto, Neville, vámonos de aquí lo antes posible! —sonó una voz ahogada—. ¡Antes de que estés hundido en todo esto hasta el cuello!

—¡Hazel! —exclamé—. ¡Tú!

Y la seguí rápido, saltando sobre los dos cuerpos inertes, el de Webb y el de la desdichada Sheila Kent, sobre el amplio charco de su sangre.

CAPÍTULO II

El coche de Hazel rodó en silencio durante varias calles más.

Al detenerse ante un semáforo, agucé el oído. Allá, en alguna parte, a nuestra espalda, ululaba, lejana, una sirena policial. En el cruce inmediato, nos cruzamos con dos coches-patrulla de Scotland Yard, que iba a toda prisa a alguna parte. No era difícil imaginar adonde. Yo me mantenía callado, prieta la boca, fija la mirada ante mí, en las calles bien iluminadas. Sacudí la cabeza, vacilante. Ella no decía nada. No me miraba siquiera.

—Hazel... —comencé, vacilante.

—¿Sí? —la oí decir, siempre con la vista fija ante sí.

—¿Cómo... cómo pudiste llegar allí?

—Supongo que lo mismo que ese periodista. Siguiéndote a ti.

—De modo que sospechaste que te engañaba...

—Lo sospeché, es cierto. Ibas a ver a otra mujer, Neville. Eres un embustero.

—Hazel, no podía decirte la verdad. Esa chica, la rubia modelo... era un testigo... una amiga de Sue Lane.

—Y terminó como ella —dijo lentamente Hazel, estremeciéndose. Estaba muy pálida—. Supongo que tú no serías...

—¡Cielos, claro que no! —protesté airado—. ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—Webb también lo pensó.

—Ese cerdo entrometido... —me enfurecí—. Iba a venderme vilmente. Con una fotografía y todo. Su gran éxito periodístico. Unido al manuscrito, eso me enviaba a la horca.

—Aún no estás a salvo. Te saqué del embrollo, pero a menos que sospechen de él y no le crean su historia, Stanley Webb te denunciará ante la policía...

—De sobra lo sé —admití de mala gana—. Y lo sé muy bien...

—Era... era horrible ver aquel cuerpo allí, la sangre, las heridas, todo... Ni siquiera sé de dónde saque ánimos y energías para actuar en favor tuyo... Neville estoy segura de que no tienes nada que ver en todo ese que buscas la verdad y te tropiezas a cada momento con

una pista rota, con un cadáver, con un nuevo crimen... Pero ¿qué está sucediendo realmente? ¿Adónde conduce toda esa cadena de horrores? ¿Ha resucitado realmente el Destripados... o hay alguien empeñado en repetir sus atrocidades?

—No lo sé. Todo empezó con aquel manuscrito, en la casona de Hanbury... Sue Lane lo halló, de forme harto rara. Habló de un familiar cirujano, pero mentía Su esposo era el cirujano. Y estaba separada de él., viviendo con un lanzador de cuchillos.

—Cielos, gente tranquilizadora toda. ¿Qué más?

—Ese lanzador de cuchillos habló de que Sue tenía en proyecto ganar mucho dinero, no sé cómo. Y que Sheila Kent, su ex compañera de apartamento, andaba en el asunto y, quizá, fue quien le habló de ello...

—Ahora, no hay medio de saber eso, Neville. Las dos están muertas.

—Sí... Me pregunto qué más puede suceder ya... y por qué está sucediendo. Me roban el manuscrito, van a venderlo al periódico de Stanley Webb... pero ese asunto, ella no podía conocerlo de antemano...

—A menos que ella misma pusiera el manuscrito en la casona —dijo de repente Hazel.

—¿Qué? —la miré, sorprendido—, ¿Quieres decir... un engaño, un fraude?

—¿Por qué no?

—Pero el documento era auténtico, era la letra de mi abuelo Lyman...

—Tal vez ella pensaba hacer chantaje con ese manuscrito, cuando alguien intervino, robándolo. Quizá el propio asesino de Sue. Y de Sheila Kent. Ahora, lo vende al periódico, y se gana una fortuna. Eso tendría cierto sentido...

—¿Y dónde encaja Sheila Kent? ¿Y el manuscrito? ¿Dónde podía estar, sino en la casona de mi abuelo, el doctor Sanders?

—Te he sugerido una posibilidad —Hazel se encogió de hombros—. De cualquier modo, el asunto está oscuro. Va a ser difícil desvelarlo hasta que se haga la luz, Neville.

—Es lo que me temo, sí —convine, mordiéndome el labio inferior—. Ni siquiera sé ya por dónde continuar...

Hazel no hizo nuevos comentarios. Siguió adelante, decidida. No se detuvo hasta una pub y restaurante, donde entramos,

acomodándonos en una mesa arrinconada, discreta. Me miró, pensativa, tras pedir unos sandwiches y cerveza, aunque maldito el apetito que yo tenía ahora.

—Neville, debiste confiar en mí —dijo, poniendo su mano sobre la mía—. Te quiero ayudar. En lo que sea.

—Gracias, Hazel —suspiré—. No es fácil encontrar personas que tengan fe en uno, cuando las cosas se ponen feas...

—Me gustaría leer contigo ese manuscrito, tratar de ver claro en todo. Sea lo que sea, no puede ser peor que lo que está sucediendo.

—Muy bien —asentí—. Ven conmigo a casa. Leeremos esta noche el documento, si quieres velar un buen rato.

—Velaré lo que sea preciso. Ardo en deseos de conocer ese texto. No sé por qué, mi instinto de mujer me dice que en él, puede estar la clave de todo.

—¿En algo escrito hace ochenta años? —me encogí de hombros—. Sería como admitir que el Destripador influye en el criminal de ahora. Y teniendo en cuenta que ese asesino fue mi abuelo Lyman... solamente quedan dos posibilidades. O mi hermano Richard... o yo.

—Richard... ¿Es el enfermo de que me hablaste?

—Sí. Le han visto en Spitalfields hoy. La policía le sigue la pista de cerca. No sé si darán con él.

—¿Conoces tú a Richard a fondo?

—Apenas nada. De niño le recuerdo un poco. Se fue al continente con unos parientes. Ellos murieron, él dio muestras de desequilibrio mental, creo que a causa del accidente mortal en que desaparecieron esos parientes... o quizá heredado de mi abuelo, no puedo estar seguro. Pero ahora ha vuelto, tras huir de un sanatorio psiquiátrico francés. Mills parece sospechar de él. Es más joven que yo. No sé más de él. Si le viera ahora, quizá no lo reconocería, a no ser que haya en él alguna semejanza con los demás Sanders, y el aire de familia o la voz de la propia sangre me avisaran de su identidad...

—¿Por qué iba a matar Richard Sanders a Sue Lane y a Sheila Kent?

—dudó Hazel.

—No lo sé. Supongo que ni siquiera oyó hablar nunca de ellas...

—Por tanto, tampoco esa explicación parece demasiado firmé. Deja que sigamos investigando por otro lado,. Neville. Aunque pudiera suceder que, si nos quedamos en tu casa, la policía nos interrumpa

esta noche, y te lleve a Scotland Yard, sobre todo, si la versión de Stanley Webb es atendida.

—Es cierto —admití. La miré—. ¿Sugieres acaso... tu propia casa?

—Sí —afirmó Hazel—. El superintendente Mills no me conoce. Estaremos más seguros en ella. Ve a casa, toma la fotocopia del documento, y reúnete conmigo tres manzanas más abajo, una vez estés seguro de que no te sigue nadie. No digas nada a Arthur tampoco. Cuanto menos gente sepa dónde estás, tanto mejor.

—Estás sugiriéndome... que me esconda. Incluso de la policía —susurró roncamente.

—Pues, sí. En cierto modo, sí —me miró con franqueza—. Es lo más prudente, Neville...

* * *

Hazel residía en una zona llena de rectángulos de césped y arboledas, en Paddington, camino de Saint John's Wood. Su cottage era pequeño y delicioso, decorado con gusto y sin recargamiento.

Encerrados allí, en un gabinete interior, ante dos tazas de café bien cargado, nos enfrentamos a la lectura de las fotocopias. Yo releía el texto de Lyman Sanders, a medida que ella iba dejando los folios, en busca de algo revelador, que no veía por parte alguna. Y a juzgar por la perplejidad de ella, tampoco Hazel tenía mucha más suerte que yo.

Finalmente, dejé todo a un lado. Era muy avanzada la madrugada. Hazel fumaba un cigarrillo, uno más, recostada con aire pensativo en su asiento. Cruzóse de piernas. Llevaba pantalones de tweed gris, ceñidos a sus bonitas pantorrillas. Sus verdes ojos inteligentes me estudiaron en silencio, mientras hacía trabajar su cerebro en silencio.

—Desconcertante —dijo al fin.

—Es lo que yo dije —admití, con un encogimiento de hombros.

—Neville, parece auténtico en todos sus puntos —señaló.

—Juraría que lo es. Los datos, las referencias, los sentimientos e ideas reflejados... No puede fingirse todo no.

—Sin embargo...

—¿Qué? —la miré, enarcando las cejas.

—No sé... —sacudió su cabeza pelirroja, con desacierto—. Hay algo

raro en todo ello.

—¿Raro? —asentí despacio—. Pensé lo mismo. Pero no sé lo que pueda ser.

—El Destripador se mofa de todo y de todos. Incluso un poco de sí mismo. Es un humor cruel, corrosivo. Es el texto escrito por... por un enfermo.

—¿Mental?

—Sí, en cierto modo. Un obseso. Ese afán de vengar al hermano muerto por un mal contagiado por esas mujeres...

—El hermano... —suspiré—. ¿Sabes, Hazel? Mi abuelo... no tenía hermanos.

—¿Qué? —ella dio un respingo. Se irguió en el asiento, mirándome asombrada.

—Lo que oíste. Un hombre, un superviviente de entonces, casi un centenario, me habló de ello en primer lugar. Conocía bien a mi abuelo. Recuerda mal algunas cosas, y muy bien otras. Afirmó que no existían hermanos reconocidos. Y tuvo razón. No los tuvo. Sólo fue el. Tras la serie sangrienta del Destripador, nació Leonard, mi padre. En 1889. A los cuarenta y nueve años, mi padre tuvo un hijo: yo. Es la historia de los Sanders. Antes de esa edad, no hubo nadie más. Luego, nació Richard. Y ahí termina nuestra familia.

—Pero... pero entonces... tu abuelo miente ahí. Falsea el motivo. Algo tan importante como el motivo de todo...

—Pudo haber un hermano natural, ilegítimo —admití—. He pedido datos sobre eso al registro civil, a mi abogado... Veremos lo que sale de todo ello.

—La respuesta puede ser importante. Muy importante, Neville.

—Sí, claro —convine, pensativo—. Si no existiera hermano alguno...

—... el manuscrito podría ser FALSO —completó ella tajante.

Afirmé, mirándola, sorprendido de su agudeza y rapidez.

—Exacto —dije.

Bebimos café en silencio. Hazel se incorporó. Paseo por la estancia. Un pequeño reloj desgranó hasta cuatro campanadas. Tarde. Muy tarde. Plena madrugada.

—Sin embargo, parece tan auténtico... —señaló ella dando paseos.

—Es lo que me desorienta. Una obra falseada no tiene esa espontaneidad, esa crudeza expositiva. Los sentimientos de Jack son tremendamente reales. Le ayudar a uno a entender sus anormales

reacciones, su atroz amoralidad ante el crimen...

—Pero tu abuelo era cirujano, Neville. ¿Cómo se confiaban en su compañía las mujeres de la calle ¿Tan simpático, tan cordial era?

—Le conocían de ser generoso y abnegado con ellas, en un dispensario de Spitalfields, pero... de noche no creo que ellas se fiaran de nadie, y menos de un cirujano. La versión de un médico con bisturí, se extendió demasiado pronto por Whitechapel en aquellos días.

—Entonces... ¿por qué iban confiadas en su compañía? ¿Cómo eludía él aquel cerco policial, siendo como era conocido, y todos sabían cuál era su profesión? Debieron verle manchas de sangre alguna vez... Lo suficiente para que resultara sospechoso, siendo, además, un vecino de la zona trágica...

—Todo eso es cierto —admití—. Lo discutí con Cyril Compton, el hombre que va a ser centenario. Entonces era mozo de matadero y de mercado, estudiaba para escritor... y terminó escribiendo. Dice que las mujerzuelas no se fiaban ya de nadie. Ni del abuelo Lyman.

—Exacto lo que yo pensaba —me miró fijamente—. ¿Qué te sugiere eso, Neville?

—Algo borroso, algo que no acierto a advertir... que me hace dudar de ese documento, pese a su aparente autenticidad. Y también de la culpabilidad de mi abuelo, incluso.

—Estamos de acuerdo en todo, Neville —las verdes pupilas de Hazel Fox brillaban—. Sólo nos falta... hallar el quid de la cuestión. El detalle incongruente que de forma este manuscrito...

Volvimos a permanecer silenciosos. De repente, me di una palmada en la frente.

—Cielos, olvidé algo, Hazel.

—¿Qué, Neville?

—Con los últimos acontecimientos, se me fue por completo de la mente. Quería... quería comprobar la veracidad de ese documento, su autenticidad, sin lugar a dudas...

—¿Cómo? Ni siquiera tienes ya el original, el que podría servirte para un examen técnico, entregándole a los laboratorios...

—Exacto —la mire, muy fijo, con cierta excitación interior—. Hazel, ¿te das cuenta? Pudieron robarme ese manuscrito porque no era auténtico como parecía... Ya oí hablar de un experto en falsificar documentos antiguos. El podría examinarlo, de haberlo

tenido. Pero también puede orientarme, decirme qué personas en Londres... pudieron falsificar una cosa así.

—¿A quién te refieres?

—Un hombre en Spitalfields. Un tal... Smithy. Si ese nombre pronunció Cyril Compton.

—Smithy... ¿Bastará eso para dar con él?

—Spitalfields es un barrio populoso, pero la gente de mal vivir se conoce entre sí. Puedo hallar a ese Smithy, en cuanto diga que quiero falsificar un viejo escrito..,

—Será arriesgado. Debe estar repleto de policías No te metas en más líos, Neville.

—Es que tengo que hacerlo. Cuanto antes. Apenas sea de día, a primera hora...

—Aquello será un enjambre de agentes, seguramente. No irás. Y menos de día.

—Entonces, mañana por la noche. Hoy es ya demasiado tarde para cruzar Londres e ir allá.

—No irás tú, Neville —cortó Hazel—. Iré yo.

—¿Estás loca? —protesté—. Tu rostro es conocido de todo el mundo. No puedes meterte en ese ambiente Además, podría haber riesgos...

—No para una mujer que vaya en lugar tuyo, Neville —sonrió ella—. Cambiaré mi aspecto. Vestiré como una de aquel distrito. Verás como sé hacerlo. Inventaré algo sobre unos documentos que preciso. Y veré a Smithy, no lo dudes...

—No permitiré que hagas tal cosa —rechacé, airado.

—Sal a la calle, y te llevarán derecho a Scotland Yard —dijo ella, risueña—. Si quieres comprobarlo, espera solamente a mañana, a ver los periódicos...

Seguí discutiendo. Pero me quedé a dormir en su casa. Y por la mañana, tuve que darle la razón. Vi que los periódicos se ocuparon de ello, apenas les eché la vista encima...

CAPÍTULO III

«NUEVO ASESINATO EN LAS PROXIMIDADES DE SPITALFIELDS. OTRA MUJER ACUCHILLADA. ¿HA VUELTO JACK EL DESTRIPIADOR?»

«SCOTLAND YARD BUSCA A UN SOSPECHOSO DESAPARECIDO: NEVILLE SANDERS».

«STANLEY WEBB, PERIODISTA, ACUSA: ¡SANDERS ES CULPABLE! ADEMÁS, ES DESCENDIENTE DEL DESTRIPIADOR. PRONTO, SENSACIONAL REVELACIÓN. ¡EL MANUSCRITO DEL ASESINO DE WHITECHAPEL!»

«NEVILLE SANDERS, HEREDERO DE UN APELLIDO ILUSTRE... Y DE UNA OBSESIÓN CRIMINAL. EL CASO NO ES NUEVO, AFIRMAN LOS PSIQUIATRAS».

—Es vergonzoso... Da náuseas... —mascullé, tirando todos los ejemplares por el suelo, con un manotazo furioso.

—Te lo dije —suspiró Hazel, preparando el desayuno—. Tardarán menos de dos días en venir aquí. De un modo u otro, se enterarán de nuestra amistad, y registrarán esta casa.

—Tendré que ir a entregarme —dije, sombrío—» No gano nada ocultándome.

—Ganas algo: tiempo. Lo necesitas, si quieres luchar contra la telaraña que te envuelve. Solamente tienes un medio de probar tu inocencia: hallando al culpable auténtico. Es en eso en lo que voy a ayudarte.

—Hazel, corres doble riesgo: con el asesino, por un lado. Con la policía, por otro. Te pueden acusar de complicidad, de encubridora...

—Deja que lo hagan. Eso les sería más difícil de llevar adelante. Eres tú el que está atrapado ahora. La red se espesa. Ese manuscrito ha sido un auténtico cepo. De él arranca todo. Si podemos probar que fue falsificado, la acusación se derrumbará por su base. Y la persona que encargase la falsificación... sería el asesino de Sue Lane y de Sheila Kent.

—Pero ambos hemos coincidido en algo, Hazel: en los visos de verismo, de autenticidad, que posee ese relato...

—Quizá un buen escritor pudiera falsearlo todo, no sé. Veremos esta noche, Neville.

—Esta noche... —musité—. ¿Insiste en tu idea?

—Sí. Tú te quedarás aquí, pegado al teléfono. Si vieras que viene alguien, te ocultas en el sótano. Hay un compartimiento difícil de hallar, si no se conoce a fondo y se sabe que hice construir un panel abajo, al fondo. Te telefonearé, llamándote por nombre supuesto, en previsión de que la casa tenga el teléfono intervenido. Usa algo para disfrazar la voz, como un pañuelo o cosa parecida. Te informaré, si es preciso, de lo que consiga.

—Hazel, no puedo permitir que tú...

—Calla —cortó ella, rotunda—. Está decidido. Digas tú lo que digas...

Callé. Sabía cómo era Hazel cuando tomaba una decisión.

Y esta vez, su decisión podía ser peligrosa. Muy arriesgada para una mujer... Pero yo no podía hacer nada por evitarlo.

* * *

Las ocho y diez minutos...

Estaba lloviendo otra vez. El verdor del exterior, se fundía en la niebla. Mis ojos se clavaban en el teléfono, mudo y enigmático sobre la mesa.

Hazel debía estar ya en Spitalfields... Fumé, nervioso. Aplasté el cigarrillo, volví al asiento. Tomé las fotocopias del manuscrito. Ella se había llevado solamente unas cuantas hojas, para mostrarlas a Smithy, el falsificador de viejos documentos.

Releí algunos pasajes; era ya la tercera vez que lo hacía en el mismo día. Siempre lo mismo. Buscando algo, el punto vital de aquel texto aparentemente auténtico.

Buscando lo que ni siquiera sabía yo qué podía ser...

El doble crimen de Elizabeth Stride y Catherine Eddowes desfiló ante mis ojos. Y la primera carta del Destripador, anunciando el nuevo suceso... El interrogatorio de mi abuelo en Scotland Yard... El desconcierto de Jonathan Webb, la ironía del Destripador, sus burlas despiadadas... Luego la última. Marie Kelly... La mentira

aparente: el hermano de mi abuelo Lyman... Su enfermedad y muerte... La exasperación de los policías. El cierre del caso, el fracaso de la ley, el caos en Whitechapel... Y el mutis final del Destripador, sin dejar rastro de sí mismo...

De repente lo vi.

Pegué un salto en el asiento. Atónito, clavé mis ojos en el texto. Volví a leer. Palabra por palabra. Excitado, sentí temblar mis manos. Tomé aquellas hojas. Las leí desde un principio, como si fuesen algo nuevo.

Y de hecho lo eran. Era otro texto. Otro relato.

Ahora sí. Ahora lo veía claro. El detalle oculto estaba a la vista. Pero siempre se perdía en el dédalo de impresiones y de reflexiones del asesino. La clave escapaba, porque era simple... y, sin embargo, tremendamente complicada.

Estaba allí. Delante mío. Delante de cualquier lector. Sólo que no era fácil verlo. El engaño era habilidoso, lleno de malévolas astucias... Miré el teléfono. Era peligroso utilizarlo. Pero lo iba a utilizar a todo riesgo. Era preciso. Absolutamente preciso...

Lo descolgué, resuelto. Marqué un número que me era familiar. El de mi abogado, Hamilton Dexter.

—¿Diga? —sonó su voz, tras repetir el timbrazo, allá a lo lejos.

—Dexter, soy yo —susurré.

—¡Cielos! ¿Dónde... ?

—No, no diga nada —susurré—. Absolutamente nada, Dexter. Quiero que se ocupe de algo. Es muy urgente. Busque donde sea. Pero indague esto. Es vital. Puede significar tanto...

—Le escucho. Pero este teléfono puede estar...

—¿Intervenido? Ya lo sé. Escuche muy atento...

Escuchó. Fui rápido. Me preguntó para qué diablos quería saber aquello. Le dije que no había tiempo de hacer preguntas. Y colgué. Luego, miré en tomo. Tomé mi sobretodo. Debía salir de allí. No podría esperar llamada alguna de Hazel. Si el teléfono de Dexter estaba controlado por la policía, no tardarían ni media hora en estar allí a buscarme.

Me encaminé a la salida, resuelto. Antes de llegar, me detuvo el teléfono. Bruscamente, sonó su timbrazo, desgarrando el silencio. Me volví, brusco. Miré el aparato, pensativo. Corrí luego a él. No utilicé disfraz alguno en mi voz. Ya no valía la pena.

—¿Sí? —dije—. ¿Eres tú?

—Esa voz... —oí lejanamente a Hazel—. Te dije que...

—No te preocupes. Ya me voy. Abandono esto.

—¡No lo hagas!

—No puedo hacer otra cosa. Hay algo que ha cambiado. Lo encontré.

—¿Qué?

—Encontré el detalle. El punto revelador. Ahora sé dónde estaba el fallo de ese manuscrito.

—Peno... pero Neville, ¿qué dices? —noté muy alterada su voz.

—Deja todo. Olvida a Smithy. No nos hace falta. El documento es auténtico... y falso, a la vez.

—¡Neville!

—Es lo cierto. Ya nos veremos. Debo hacer algo ahora.

—Neville, deja que te explique. Ha ocurrido algo aquí...

—¿Qué ha sido? —me sentí inquieto de pronto.

—Smithy... el falsificador. Lo encontré...

—Sigue.

—Muerto, Neville.

—¿Cómo? —aullé.

—Acuchillado brutalmente. Sin vida en su pequeño estudio, un sotabanco oscuro y húmedo... Ya no hablará él tampoco... Debieron matarle ayer. Estaba rígido, frío, desangrado...

—¡Hazel, vete de Spitalfields, en seguida! —aullé—. ¡Vete ya! ¡No te arriesgues más!

—Tengo que decirte algo más, Neville. Estoy aquí con alguien. Me ha encontrado y reconocido... Le dije una sarta de embustes. Me espera, creyendo que llamo a la televisión, para el programa que cree estoy preparando y...

—¡Hazel! —aullé, repentinamente lívido, crispado—. Hazel, esa persona... esa persona... ¿QUIEN es?

Me lo dijo. Sentí un terrible escalofrío. Grité roncamente:

—¡No, Hazel, no! ¡Huye en seguida, huye lo más lejos posible! ¡Es... es el asesino...!

Pero un momento antes había sonado un «clic» seco. La comunicación estaba cortada. Por mucho que lo intenté, ya no había comunicación con Hazel Fox.

Y ella estaba sola. Sola con el criminal. Sola con la persona que

mató a Sue Lane, a Sheila Kent, a Smithy, el falsificador...

Me precipité fuera de la casa. Si alguna vez necesitaba libertad de movimientos, si alguna vez era preciso eludir a la policía, esta era la ocasión. Yo debía de huir, de buscar a Hazel, de encontrarla, antes de que fuera demasiado tarde...

Pero Londres es mi terrible hormiguero de millones y millones de seres. ¿Cómo y dónde hallar a Hazel y a su siniestro acompañante?

CAPÍTULO IV

Spitalfields era un laberinto. Podía ser el de mi final.

Estaba salpicado de policías por doquier. Coches patrulla, agentes uniformados, policías de paisano, de las brigadas de Homicidios de Scotland Yard...

Podía olfatearles a distancia. Los eludía del mejor modo posible, pero el juego no podía durar mucho. Telefoneé dos veces a Dexter desde cabinas públicas, pero nadie tomó el teléfono, ni en su casa ni en su despacho.

Nervioso, tenso, irritado, pregunté a algunos individuos del hampa. Pronto me dijeron dónde vivía Smithy. Era una casa vieja, en Hopetown Street. Llegué a ella. No me acerqué, naturalmente. Vi ambulancias, coches policiales, policemens montando guardia, gente en nutridos grupos, curiosos todos ellos, conversando excitadamente, quizá como en los viejos tiempos en que la sombra terrorífica de Jack se cernía sobre aquellos barrios extremos de la capital.

Miré en tomo. Descubrí una cabina telefónica próxima. Imaginé el resto. Desde allí me llamó Hazel. Luego alguien que esperaba afuera, acaso dentro de un coche, entró inesperadamente, colgó el teléfono, la llevó consigo a la fuerza...

Hazel era ahora la prisionera del asesino. O su cuarta víctima ya...

La idea me horrorizó. Pero también tuvo la virtud de enfurecerme, de exaltar mi cólera, mi más violenta ira. Si me encontraba con aquel ser, nada ni nadie me detendría ya.

Pero era preciso que eso sucediera antes de que todo fuese irreparable. La vida de Hazel estaba en la balanza. En estos momentos, apenas si valía un penique su existencia...

Me precipité de nuevo a mi coche. Me alejé del lugar. Imaginé lo que haría el asesino en estos momentos. Era imposible calcular nada. Una mente despiadada, criminal, un cerebro perverso, actuaba lejos de mí, a merced de sus pasiones y sentimientos más indignos...

—¿Adónde... adónde? —me pregunté, exasperado.

Volví junto al teléfono de aquella cabina solitaria. Por primera vez, me fijé en el hombre que pedía limosna, allá junto a los escalones de acceso a una vieja vivienda de muros desconchados y húmedos. Era un hombre con barba rojiza, salpicada de canas, embutido en un abrigo raído, con un pequeño mono tan rojizo como su pelo, sujeto a una cadenita, brincando en derredor suyo, graciosamente, para atraer la generosidad de los transeúntes. Gentes así son fáciles de hallar en cualquier rincón, en cualquier esquina de Whitechapel, de Spitalfields... Como en los viejos tiempos de luz de gas, de macferlán y de sombrero de copa alta. Como en tiempos del Destripador...

Tiré una moneda en su plato. Procuré que la oyera sonar claramente. Sus ojos se dilataron, asombrados, al ver la libra esterlina en el plato. Me miró como si yo fuese un ser de otro planeta.

Su pequeño simio estaba bien enseñado. Ver la moneda y ponerse a dar cabriolas junto a mis pies, de puro gozo, fue todo uno.

—Generoso caballero, el cielo le dé las gracias —masculló el mendigo—. ¿Seguro que no se equivocó de moneda?

—Seguro —afirmé, grave el gesto. Le mostré dos piezas más de una libra cada una—. Habrá otras más, si me ayuda.

—¿Ayudarle? —arrugó el ceño, pensativo, y bastante receloso—. ¿A qué, caballero?

—A nada comprometedor. Solamente quiero saber qué hizo una mujer que estuvo telefoneando en esa cabina, hace no mucho tiempo. Una mujer joven, atractiva... Pelirroja, además.

—¿Una mujer? —la pregunta le calmó. Los habitantes de aquellas zonas, son siempre recelosos por naturaleza. Sobre todo, con los que no pertenecen a su comunidad—. Oh, entiendo... Ella no iba sola.

—No, no iba sola —asentí, esperanzado—. Iba con ella un hombre, ¿no es cierto?

—Sí, sí. Con un bonito coche. Un deportivo azul...

—Eso es —asentí—. Un deportivo azul. ¿Qué pasó, qué vio usted?

Puse las monedas en su plato. El se apresuró a hablar:

—Ella llamó por teléfono. De repente, él entró en la cabina. Colgó. Se llevó a la mujer casi a rastras. Ocurre a veces. Hay hombres impulsivos. Ella entró casi a la fuerza en el coche... Arrancaron en seguida.

—Lo imaginaba. ¿Hacia dónde?

—En esa dirección —suspiró el mendigo, señalando hacia Montague Alley.

Miré el pasaje. Me estremecí.

—¿Seguro? —susurré—. Ese pasaje no tiene salida. Saldrían luego, tras maniobrar, ¿no?

—No, no —negó el vagabundo. Su mono seguía brincando—. Entraron. No salieron.

—Cielos... —me estremecí de nuevo, esperanzado, incrédulo—. Pero no veo coche alguno...

—No. Aquel cierre, amigo. El de metal —señaló una puerta de un viejo almacén—. Estaba alzado entonces. Entraron. Luego se cerró. No los volví a ver, caballero.

Sentía arder mis mejillas. Temblaban mis manos. Agradecido, tiré un billete en el plato del mendigo. Este se irguió, aturdido. Eran diez libras.

—¡Caballero! —exclamó—. No entiendo su generosidad...

Le dejé allí. Corrí al callejón ahora. Montague Alley estaba allí mismo, frente a mí. Entré en su angosta abertura. Al fondo, un muro de ladrillo, de un edificio en obras, cerraba toda posible salida. Me detuve ante el cierre metálico. Alcé los ojos.

Un edificio de color rojizo. Viejo, abandonado. Sólo dos aberturas. Poca luz en la calleja. No esperaba que el vagabundo me hubiera engañado. Parecía sincero al hablar. ¿Sería posible que hubiera sido tan sencillo dar con el rastro de Hazel y su captor?

Eludí el cierre metálico. Produciría mucho ruido, pondría sobreaviso a mi adversario oculto en el edificio. Estudié la fachada. Había comisas de ladrillo, un canalón de desagüe... Lo utilicé.

Llegué a la primera comisa sin dificultades, aunque el canalón crujió. Avancé, pegado al muro de ladrillo. Un paso en falso, era la caída al asfalto. Y el fracaso.

Llegué junto a una ventana de vidrios quebrados, polvorientos. Era imposible ver nada en el interior. Pero la oscuridad era total al otro lado de esos vidrios.

No vacilé ahora. Quebré con mi puño envuelto en el faldón de mi sobretodo, el vidrio cubierto de polvo. Cayeron los trozos adentro. Esperé, tenso. No supe si habría sido escuchado el ruido, pero en la calle, rodaban coches y gemía la sirena de una ambulancia. Acaso

eso me ayudó. No podía saberlo aún.

Empuñé la automática en una mano. Introduje la otra por el hueco. Hallé una falleba, que hice girar, dificultosamente, entre chirridos. La hoja cedió, chirriante también. Salté a la espesa oscuridad interior.

Pisé un suelo polvoriento, cubierto de suciedad. El olor era acre y repulsivo, a intensa humedad y abandono. No escuché sonidos, ni voces. Me moví por la oscuridad, tanteando. Encontré cajas de madera, botellas vacías, unos sacos... Y una puerta.

La accioné. Despacio. Muy despacio...

Chirrió, pero muy levemente. Apenas dejé el hueco para pasar. Había reflejo de alguna luz en el corredor exterior. Vi una barandilla. Asomaba a alguna parte. A un nivel inferior, una amplia nave, sin duda, de altísimo techo. Abajo había luz. Velada por una pantalla verde oscura.

Avancé, muy despacio. Asomé. Miré abajo, sin apoyarme en la baranda de madera, por si ésta crujía, delatando mi presencia.

Mi cuerpo sufrió una violenta sacudida. Primero, pensé que Hazel estaba muerta, y yo había llegado tarde.

Yacía en el suelo, sobre unas telas de saco. Sus faldas, arrugadas sobre los muslos desnudos. La blusa desgarrada sobre sus juveniles senos bien formados. Estaba ligada con tiras de esparadrapo. También unas tiras adhesivas, cubrían su boca, amordazándola. Tenía sus verdes ojos muy abiertos, dilatados por el terror. Fijos en su acompañante que, pausado, leía ante ella un manojo de papeles amarillentos, escritos a mano.

El manuscrito.

Le oí terminar apaciblemente la lectura, con voz sorda:

—«No. No será preciso utilizar jamás este manuscrito. Lo destruiré posiblemente un día... Mientras tanto, alguna vez lo releeré, para revivir, jomada a jornada, esas fechas imborrables de mi vida. Cuando yo fui, para todo Londres, un fantasma sangriento y terrible, llamado Jack el Destripador Este es el fin de todo. De mi obra. Y de mí desconocida personalidad. Ahora, ya saben todos por qué las mujerzuelas de Whitechapel, confiaban ciegamente en mí al verme, y se dejaban acompañar gustosas, sintiéndose seguras conmigo al lado... No deja de ser irónico que yo, precisamente yo... fuese Jack el Destripador.

»Firmado: Inspector Jonathan Webb, de Scotland Yard. Adios... Jack el Destripador.»

Se detuvo en la lectura. Había llegado a su final. Ella, demudada, le contemplaba. Al fin entendía. Ahora sabría sin duda qué era lo que había de raro en el manuscrito del asesino...

Nombres cambiados. La identidad del escritor, tergiversada.

Eran las memorias de un policía. Del inspector Webb. De Jack el Destripador. Del auténtico Jack...

—Sí, mi joven y bella amiga —terminó el lector con satánica complacencia—. Ahora ya lo ve claro, ¿no es cierto? Este es el AUTENTICO manuscrito del Destripador. El otro, el que con el mismo texto, firmaba Lyman Sanders era la falsificación, alterando la personalidad del narrador... Ingenioso, ¿no es cierto?

Ella no podía decir nada. Sus ojos lo decían todo.

—Lástima que fuese Sue Lane la que lo encontró en una vieja casa de Whitechapel, y pretendiera chantajearme a mí con ese documento... Cometió un error. Tanto ella como su amiguita y compinche en el feo juego, Sheila Kent... Les pagué mucho por ese manuscrito. Y las muy... hicieron fotocopias para seguir sacándome dinero. Yo encargué entonces la falsificación a Smithy, haciéndole aparecer como culpable a un médico prestigioso, que aparecía en el relato, nombrado por el auténtico Destripador... Lyman Sanders, cirujano de la familia real... Les hice creer que eso nos permitiría ganar mucho más dinero, chantajeando ahora al heredero de los Sanders, al joven Neville... Por eso Sue Lane y Sheila pusieron previamente el falso manuscrito con el viejo maletín, en la casa de Hanbury... y fingieron hallarlo casualmente... Pero mi juego no era ése, sino engañar a Sanders, tener un éxito personal y destruir éste, el auténtico manuscrito, librando de una mancha así a la familia. ¿Comprende ahora por qué hice lodo esto, mi encantadora señorita Fox? ¿Y por qué conozco tan a fondo estos lugares, sus sitios en desuso, la gentuza de estos barrios? Siempre me atrajo todo esto. Admito que se hereda algo en la sangre... Incluso el afán homicida, el deseo de matar a cierta clase de mujeres, mi querida y bella amiguita. No a usted, por supuesto, que no es de esa ralea, sino a personas como Sue, Sheila y esa clase de gentuza... Sí. Me siento orgulloso de ser Jonathan Stanley Webb, y que mi tío abuelo fuese el inspector Jonathan Webb, un policía tonto para muchos, pero un

asesino listísimo para sí mismo. Y para la historia del crimen, por supuesto...

Y el reportero Jonathan Stanley Webb, rió entre dientes, complacido de su relato minucioso de ciertos hechos.

Luego, añadió, con indiferencia:

—Naturalmente, Lyman Sanders no tenía hermanos. Era el punto débil del relato, pero siempre cabía pensar en alguno ilegítimo... Mi tío abuelo sí tuvo un hermano: Roger Webb... Joven, inteligente, culto, arrogante. . Murió destrozado por una enfermedad vergonzosa. Y esas mujeres tuvieron la culpa. Las seis... Señorita Fox, incluso un policía puede ser simplemente un ser humano, ames que un policía...

Sacudió la cabeza, mirándola reflexivo. Fue a una mesa cercana. Tomó de ella un largo, afilado cuchillo de centelleante hoja de acero. Lo manipuló, antes el gesto de vivo horror de Hazel.

—Lo siento. Usted no merece morir tal vez —suspiró—. Pero sabe demasiado. Estuvo en casa de Smithy. Demasiado tarde, recordé yo que ese infeliz acostumbraba a guardar a veces pruebas de sus trabajos... Debía tener copias, muestras de ambos manuscritos, el mío y el falsificado... Y yo le había eliminado ya ayer, cuando pensé en lo peligroso que podía resultar estando vivo... Tuve que regresar. La vi a usted, vi en su poder esas copias y pruebas, aún sin examinar. Serían una prueba contundente contra mi tío abuelo. Y eso, fatalmente, me señalaría luego a mí...

Avanzó hacia Hazel. Iba a matarla, sin duda alguna. En su mano, el cuchillo brillaba siniestramente.

Yo tenía que disparar. Pero no a matar. Muerto, Jonathan Stanley Webb no me sería demasiado útil Necesitaba probar que yo era inocente, que él era culpable. Y que del mismo modo, fue culpable Jonathan Webb, en el pasado Y no el doctor Sanders...

Alcé mi mano. Tenía que acertar el disparo, pese al temblor nervioso de mi mano. Hazel estaba demasiado cerca. Peligraba. Y tampoco podía matar a Webb.

Apunté cuanto me fue posible. Disparé antes de que se inclinara sobre ella, dispuesto a acuchillarla sin clemencia...

CAPÍTULO V

Nunca, en toda mi vida, pedí con tanto afán y fervor no fallar el disparo.

No soy un tirador excepcional. Solamente socio de un club de tiro. Aquella situación era nueva para mí. Terriblemente difícil, erizada de riesgos.

Acerté.

La primera bala arrancó de su mano el cuchillo. Vi sus dedos sangrantes, el arma volando por los aires, para caer lejos de él y Hazel, que miró arriba, alucinada.

Aulló desgarradoramente el asesino. Levantó la cabeza, clavó sus ojos en la altura. Yo disparé por segunda vez, implacable.

Le alcancé en la pierna. Quiso moverse, y cayó. El muslo se le llenó de sangre súbitamente. Intentó arrastrarse hacia el cuchillo, lívido, con un jadeo espasmódico entre sus labios crispados.

—Quieto, Webb —avisé con voz dura, acerada—. No me obligue a matar...

—No lo hará... —silabeó, con expresión torva—. No se atreverá... Muerto, no valgo nada para usted...

—De sobra lo sabe. Pero le mantendré vivo, aunque sea destrozando sus piernas y brazos uno a uno.

No me creyó. Seguía a rastras, buscando el cuchillo. Apreté el gatillo por tercera vez. Me sentía capaz de todo. Inexorable, carente de piedad con aquel ser, mil veces peor que su antecesor, el Destripador, porque él ni siquiera tenía un motivo sentimental, por equivocado que fuese, para ejecutar sus crímenes horribles...

Esta vez, le quebré el codo izquierdo, y su brazo pendió, flácido, inútil por completo. Me miró, con ojos crueles, desorbitados. Se encogió, débil, sangrando en abundancia. Yo salté la barandilla, descendí por unas cuerdas colgando de altas poleas en el techo del viejo almacén abandonado.

—No... no dispare más... —se quejó, convulso por el dolor—. No sería humano...

—Y habla usted de humanidad... —dije, despectivo. Me incliné

sobre Hazel, solté sus tiras de esparadrapo. Ella me miraba con expresión patética, incrédula—. Veremos lo que dice a la policía cuando llegue...

—Es a usted a quien buscan, Sanders, no a mí... —me recordó, malévolamente.

—Pero aquí tienen el verdadero manuscrito. El que escribió el Destripador. Al fin se conocerá la verdad... si es que vale la pena darla a conocer ahora, y manchando el prestigio de la policía, de un hombre ya muerto hace años, sólo para inculparle a usted, que ni siquiera merece esa piedad.

—Neville... —Hazel me tomó por un brazo, emocionada. Me miró a los ojos tan profundamente, que me hizo estremecer—. Neville, Dios mío... Es milagroso. ¿Cómo pudiste dar con nosotros en un lugar así?

—Siempre hay un factor imprevisible —sonreía—. Esta vez, fue un pequeño mono, un mendigo con un plato... Lo providencial ocurre a veces de forma increíble...

—Iré en busca de la policía, Neville —se ofreció Hazel, animosa—. No abandones la vigilancia de ese monstruo. Es capaz de todo...

—No, ya no. Es bastante listo para saber cuándo ha perdido la partida. Por cubrir de barro su nombre, por creer que así defendía su carrera y su porvenir, se ha abierto el camino a la horca. Espero que llegue al patíbulo con vida, para purgar sus delitos.

Hazel asintió, encaminándose a la salida. Yo me quedé con el malherido Webb, arma en ristre, sin quitarle ojo de encima. Cuando los policemens llegaron, fue atendido, a la espera de la ambulancia. Momentáneamente, yo pasé a disposición de Scotland Yard, conforme a lo ordenado por el superintendente Mills.

* * *

—No necesita explicarme nada, Neville.

—¿Cómo es eso, superintendente? —me sorprendí.

—Su abogado, Hamilton Dexter, ya lo hizo por usted —sonrió Wilfrid Mills—. El me refirió la localización de un hermano de Jonathan Webb, por indicación suya. Roger Webb, muerto en un hospital de Londres, en 1886, de una dolencia venérea... Lo demás, era fácil de imaginar. Di orden de arrestar a Jonathan Stanley

Webb. Pero veo que usted lo hizo todo por nosotros, pese a mis advertencias.

—Era mi único medio de luchar por mi inocencia, superintendente.

—Lo sé. Pero arriesgó demasiado. Y se arriesgó también la señorita Fox. De todos modos, hubo suerte. Eso debemos agradecer al destino. Ahora, todo ha terminado ya. Sabemos quién fue el Destripador, sabemos quién el asesino actual...

—Y... ¿qué piensa hacer, superintendente?

—No sé —suspiró él—. Creo que ya nada se arregla con revelar la identidad del asesino de Whitechapel. Sólo que la gente pierda confianza en la policía. Sin pensar que, por un policía indigno, hay miles de ellos abnegados y dispuestos a dar la vida por los demás...

—Pienso igual que usted —asentí—. Ya nada se gana. Jack el Destripador, fue siempre un enigma. ¿Por qué no dejar que siga siéndolo?

—Me gusta que piense así, Neville. Especialmente, tratándose de usted...

—No importa de quien se trate. Fui el elegido, para destruir un nombre y dar un triunfo profesional a un canalla. Eso se resolvió ya, por fortuna. Los propios periódicos me van a rehabilitar. Lo demás, habrá pertenecido al terreno de lo hipotético, como siempre sucedió con el Destripador. Dejémoslo así, para bien de todos.

—Gracias, Neville —Mills me tendió su mano—. Gracias por todo, y perdónenos, si es capaz de ello.

—Está todo olvidado —rechacé—. Ahora, lo importante es celebrar el triunfo, olvidar lo desagradable y mirar al futuro, no al pasado. Lo que ha muerto, vale más enterrarlo para siempre.

—Puede irse, Neville. Supongo que esa joven le espera.

—¿Hazel? —sonreí.

—Eso es. Ella le debe mucho.

—Yo también a ella. Luchó por mí con admirable energía y valor.

—Hacen buena pareja ustedes dos.

—Sí; pienso igual —sacudí la cabeza—. Espero que ella piense lo mismo... y un día cambie la televisión por el hogar.

—Lo hará en cuanto se lo pida, Neville.

—¿Está seguro?

—Vamos, hombre, ¿es que no va a atreverse a preguntárselo, después de todas las cosas a que se arriesgó?

—No sé... Una mujer es diferente. Se tiene que poseer otra clase de valor, superintendente.

—Le creo. Haga acopio de él y pruebe.

—Seguiré su consejo —dije.

* * *

Y probé.

Me hizo falta mucho valor para ello. Pero hice la prueba, siguiendo el consejo paternal del superintendente Mills.

El veterano policía acertó. No debía de haber sentido tanto miedo de dar ese paso. Hazel se limitó a mirarme, emocionada, rodearme con sus brazos y murmurar un feliz:

—¡Oh, Neville, mi vida! Ya era hora de que te decidieras...

—¿De modo que aceptas?

—Claro que acepto. Estaba soñando con este día, Neville...

—¿Y dejarás la televisión por mí?

—Arriesgué mi vida una vez. Y lo hubiera hecho cien veces, sin arrepentirme jamás. ¿Qué otra cosa no haría yo por ti? Claro que dejaré la televisión. Mi rostro aparecerá solamente para ti, en nuestra casa...

—Hazel, cariño...

Me besó. La besé.

Era como empezar algo maravilloso. Y dejar atrás una oscura pesadilla. Atrás, en el pasado. Olvidada. Como la vida de un asesino llamado Jack el Destripador. Como un mundo de sombras viejas y amarillentas.

Como las hojas de un manuscrito que jamás debió ver la luz de nuevo.

Como todo lo que ya no vale la pena remover, arrancándolo del pasado...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Téngase en cuenta que Shakespeare nació en Stratford- On-Avon, donde son frecuentes las representaciones y festivales teatrales a base de sus obras. (N. del A.). < <

[2] Todos los datos, fechas e indicios aquí referidos, en el manuscrito del Destripador, que lee el protagonista, son exactos, y corresponden a la historia misma de aquellos sangrientos sucesos de 1888. Cada víctima, las circunstancias de los crímenes, los detalles, las incidencias todas, son extraídas de la realidad, y obedecen a un rigor absoluto del autor, por narrar esos hechos sin alteraciones, al margen del lado novelesco de la obra, que se presentará posteriormente, en su época actual, y en algún hecho del pasado, que se advertirá oportunamente. < <

[3] Verídico. Como los demás detalles y nombres. Sólo el inspector Weeb es ficticio. (N. del A.). < <

[4] La carta es auténtica. Se ha reproducido aquí en extracto, por su longitud. Es la primera que el Destripador envió a Scotland Yard.

< <